

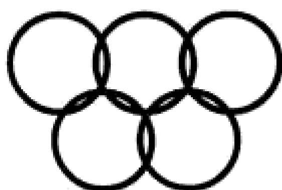
PARIS-DAKAR, RAILLY DE MUERTE



Curtis Garland

París-Dakar, rallye de muerte

CURTIS GARLAND

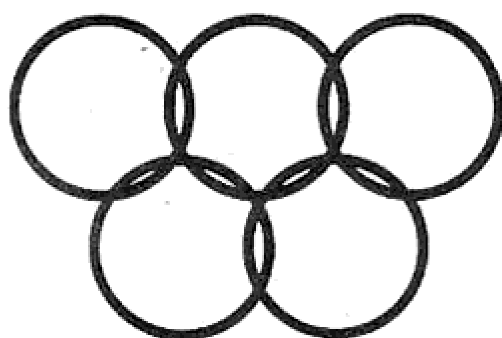


Colección
DOBLE JUEGO n.° 23
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 — BARCELONA (23)

ISBN 84-7518-048-5 Depósito legal: B. 54.001-1982
Impreso en España — Printed in Spain
1ª edición: septiembre, 1982
2ª edición en América: marzo, 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de
EBSA
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)
Barcelona - 1982





COLECCION

DOBLE JUEGO

SLL

ECSA

CAPÍTULO PRIMERO

GERARD Duprez levantó la cabeza, sorprendido, hacia la persona que acababa de entrar en lo que él denominaba su «santuario». Frunció el ceño, disgustado, contemplando el rostro de su visitante.

—¿Quién te ha permitido entrar hasta aquí? —preguntó con ostensible aspereza en su tono de voz.

—La puerta del corredor estaba abierta, Gerard —fue la suave respuesta del recién llegado, cuyos ojos, resbalando por encima del hombro del dueño de la casa, se clavaron con una mezcla de estupor y admiración en el objeto colgado del muro, visible ahora a la luz especial que alumbraba aquella zona de la pared del fondo. — Cielos, ¿qué es *eso*?

—Creo que lo estás viendo: un rostro de Cristo —declaró con acritud Duprez.

—Sí, pero… parece… parece pintado por Leonardo.

—*Es* de Leonardo —rectificó fríamente el otro.

—De Leonardo… Dios mío, nunca oí hablar de ese cuadro… Es una miniatura, ¿no?

—Casi —refunfuñó Duprez—. Veinticinco centímetros de ancho por cuarenta de alto. Se dice que fue una pintura previa al fresco de la Santa Cena. El rostro de Cristo es casi el mismo. Sólo sufre una leve alteración en la nariz: aquí es más larga. Y el cabello más corto. Es posible que ensayara en esta miniatura la faz de Jesús, no sé. El cuadro no figura en ningún catálogo mundial del pintor.

—Podría ser una buena falsificación —advirtió el visitante con voz cauta.

—Podría serlo —rió sordamente Duprez, encogiéndose de hombros —. Pero no lo es.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Entiendo de arte, mi querido amigo. Además, no me fío de nadie. Lo he hecho examinar por un perito amigo, muy confidencialmente. Es legítimo, sin lugar a dudas. Incluso se advierte en el ángulo inferior derecho la firma de Da Vinci, algo borrosa, pero indudablemente auténtica.

—Entonces, ese cuadro tiene un valor incalculable…

—Según mi experto, puede cotizarse alrededor de los diez millones de francos. Es la suma en que lo he asegurado.

—Diez millones… —suspiró el recién llegado, mirando con estupor el pequeño lienzo enmarcado en lujosa madera—. Casi un millón y tres cuartos de dólares…

—Eso es. La compañía aseguradora también ha hecho examinar el cuadro. Confirmaron su autenticidad.

—¿Dónde lo adquiriste, Gerard?

—Eso… es un secreto que me guardo para mí sólo, amigo mío. El cuadro está seguro aquí —señaló un cuadro situado junto a él, en el muro, dentro de una caja metálica—. En cuanto presione ahora ese botón, una pantalla de cristal blindado antibalas se situará ante el lienzo, y un sofisticado sistema de alarma impedirá que nadie se aproxime a menos de treinta metros de él. Has tenido mucha suerte, muchísima, en sorprenderme en plena contemplación del cuadro. De otro modo, jamás lo hubieras visto, ni siquiera te hubieses podido acercar a esta habitación sin que toda la casa y la propia zona exterior se llenase de agudas sirenas de alarma, conectadas con la más próxima estación de policía.

—Veo que tienes bien tomadas tus precauciones.

—Todas son pocas para una obra así. Es única en el mundo, como la propia Gioconda. No se pueden correr riesgos.

—Deja que lo admire un momento más —susurró el visitante, extasiado, alzando una mano—. Por favor, Gerard…

—Está bien. Pero sólo unos segundos. Debo dejarlo ya a buen recaudo.

Como fascinado por la contemplación de la desconocida y pequeña obra maestra del gran Leonardo, el visitante se aproximó unos pasos, sus ojos fijos en el diminuto lienzo con la faz de Cristo. De pronto, hizo notar, señalando un punto del cuadro:

—Oye, Gerard, y eso de ahí… ¿es un defecto del cuadro o algo hecho intencionadamente por el autor?

—¿El qué? —se extrañó Duprez, volviéndose con cierto sobresalto

hacia su amada obra maestra, en busca de lo que su interlocutor le indicaba.

Apenas se hubo girado, dando la espalda al otro hombre, éste actuó con pasmosa rapidez. De debajo de su impecable smoking, extrajo una pistola automática, cuyo cañón se prolongaba con un tubo silenciador. Apretó el gatillo, apuntando fríamente a la cabeza de Gerard Duprez.

Disparó dos veces.

Dos proyectiles de calibre 38 se alojaron en el cráneo de Duprez con mortal puntería, sonando solamente dos ahogados «ploc», por toda detonación. El dueño de la obra de arte se estremeció, sacudido por dos espasmos súbitos y violentos. Su cuero cabelludo se llenó da sangre.

Giró sobre sí mismo, con un movimiento reflejo. Una de las balas había atravesado su cabeza, saliendo por un ojo, el izquierdo. El resultado era espantoso. Con la faz desfigurada y sangrante, se desplomó de bruces, a pies de su lienzo, sin posibilidad alguna de oprimir aquel botón que hubiera impedido dejar tan valioso botín a merced de su asesino, con el sistema de alarma desconectado.

El cuerpo chocó sordamente con el pavimento, quedando inmóvil. Un delgado reguero escarlata fluyó de la cabeza abatida del dueño de la obra de arte expuesta en el muro.

Su asesino le contempló fríamente, sin emoción alguna en el rostro. Guardó el arma, miró en derredor, advirtiendo que nadie se había dado cuenta al parecer en toda la casa de lo sucedido en la cámara donde Duprez guardaba su preciada propiedad, y se aproximó resueltamente al hueco abierto en el muro, donde la luz hacía destacar casi mágicamente la obra de los pinceles de Da Vinci.

De su smoking extrajo ahora una navaja que abrió con seco chasquido. El acero segó limpiamente los bordes del cuadro, dejando vacío el marco de rica madera. Enrolló el pequeño lienzo y lo guardó en sus ropas con premura, saliendo de la habitación sin perder más tiempo.

Entre sus vitrinas de figurillas, estatuillas y porcelanas orientales, sus valiosos ejemplares de jade, marfil y oro de remotos tiempos, desde la dinastía Ming del Celeste Imperio a piezas raras y curiosas del Mikado, pasando por verdaderas maravillas hindúes, Gerard Duprez yacía sin vida, asesinado por alguien que le conocía bien, y con una obra de arte valorada en diez millones de francos, como precio de aquel crimen.

* * *

—No estarás hablando en serio, ¿verdad?

En toda mi vida hablé más seriamente que ahora, Peter. Estoy total, absolutamente decidida.

—Pero… pero eso es una locura, un disparate.

—Me gusta hacer locuras, y me vuelven loca los disparates — rió ella frívolamente.

—Jessie, rio puedes hablar en serio —se indignó él—. ¡Renunciar a nuestra boda, por una simple prueba deportiva!

—Mira, Peter, para casarnos tú y yo, siempre hay tiempo. En cambio, para ganar una carrera así, se presentan pocas oportunidades.

—¡Ganar una carrera! No sabes lo que dices, Jessie. Es la prueba más dura del mundo. Sólo unos pocos la terminan. Y solamente uno, o máximo una pareja, llega triunfante a la meta, entre casi cuatrocientos participantes. No esperarás ser tú la primera en línea de meta…

—¿Y por qué no? —se irritó ella, dando un taconazo en el suelo—. ¿Tan mala automovilista soy?

—No, no. Eres demasiado buena, bien lo sabes. Al volante, te conviertes en un verdadero diablo. Rapidez, audacia y maniobras temerarias, son tus constantes cuando llevas un coche. Pero eso no basta para ganar una prueba así.

—¿Olvidas que no voy sola? —sonrió ella desdeñosa—. Si yo soy buena, mi pareja me supera en un doscientos por cien.

—¿Tu… pareja? —receló Peter, mirándola ceñudo—, ¿Quién es?

—Te vas a quedar de una pieza —soltó ella una carcajada—. Nada menos que el mejor piloto y el más guapo y arrebatador de los artistas de cine que puedas imaginar. Además de casi ganar el «Oscar» el año pasado, ahora se ha situado el segundo en Fórmula 1, al correr en Indianápolis con los grandes ases…

—Oh, no me digas más —gimió Peter Graham con aspecto desolado —. Cliff Sheena.

—Eso es. Clifford Sheena, nada menos. El más arrogante, guapo y valeroso piloto del mundo. Tan capaz de desmayar a la «estrella» de turno con un beso, como de desbancar a los grandes ases en un círculo de Fórmula 1.

—Sheena es un pedante irresistible. Le vi el otro día por televisión, tras correr en la Isla de Man una prueba suicida motorista. Está loco. Un día se hará pedazos en cualquier prueba deportiva. Pero el cine no habrá perdido mucho. Los americanos deben ser idiotas para casi darle el «Oscar» a ese imbécil presuntuoso, que sólo sabe subir una ceja y

mirar a la cámara con ojos de carnero degollado.

—Eres un maldito envidioso y resentido, Peter —estalló Jessica Docherty, la rica heredera británica más codiciada en la *high society* londinense, a juzgar por las crónicas de las revistas del corazón, si bien nadie comprendía cómo pudo darle su corazón y su promesa de matrimonio a un joven sin medios de fortuna como Peter Graham, cuyas únicas prendas eran su juventud, su varonil atractivo y el escribir precisamente crónicas de sociedad en un diario londinense de cierto prestigio.

—¿Yo envidioso, resentido…? —se escandalizó Peter—. Nunca he sentido envidia de nadie, ni siquiera de todos vosotros, la élite social de este país, de quienes tengo que ocuparme en mi columna diario, aunque ello me dé cien patadas por la cantidad de estupideces que debo soportar con una sonrisa, en vuestras odiosas fiestas y reuniones.

—¡Peter! —estalló Jessica con gesto agraviado—. No estarás hablando en serio…

—Tan en serio como puedes hacerlo tú, al decir que te inscribes en ese rally.

—¡Estás ofendiendo a mis amigos, a mí propia familia… incluso a mí misma! —se expresó ella, airada.

—Pues lo siento. Pero digo la pura verdad. Te soporto a ti, Jessie, porque pensaba que eras diferente a los demás de tu mundo. Imaginé que realmente esto era como el cuento de la Cenicienta, pero al revés, y que el idilio entre una rica heredera mimada por toda Inglaterra, y un oscuro y triste periodista de tercera fila, era posible, sin que prejuicios, dinero y todo eso, fuesen obstáculo para nuestra felicidad, puesto que bien sabes que te pedí renunciar a todo cuanto posees, para limitarte a ser la señora Graham y vivir como tal. Me dijiste que sí, parecías feliz, ilusionada con nuestro enlace…

—Y lo estoy, Peter querido. Pero eso no obsta para que yo me haya inscrito en esa prueba junto con Clifford Sheena…

—¡Inscrito! ¿Quieres decir que *ya* firmaste tu inscripción, antes incluso de informarme a mí?

—Lo siento, querido. El propio Sheena me convenció de ello, y no pude negarme…

—¡Pues cásate entonces con Clifford Sheena, y sé feliz en su bungalow de Hollywood, porque yo me largo y no quiero saber nada de ti ni de tus caprichos! —tronó Peter.

—Oh, Peter, eres un endiablado machista, como todos los hombres…

—se quejó Jessica amargamente—. Yo sólo he tomado una decisión que creí lógica, soy dueña de mis propios actos, de mi voluntad…

—Puedes seguirlo siendo durante el resto de tu vida, encanto. Y deseo que llegues triunfante a la meta en compañía de tu admirado y guapísimo Cliff Sheena, si es que salís con vida del desierto africano. Pero yo, en este momento, sólo puedo decirte una cosa, machista o no: ¡Adiós, Jessie!

Y dando media vuelta, airadamente, pegó un portazo y salió de la suntuosa mansión que los Docherty poseían cerca de Hyde Park.

* * *

Helmut Adler revisó cuidadosamente su rifle y su revólver calibre 45. Dispuso las dos cajas de munición, una para cada arma. Respiró hondo, guardando todo ello en un estuche o caja acolchada, adecuadamente preparada para ambas piezas. Al cerrarla, elevó sus ojos hasta la chimenea, y contempló la fotografía a todo color, enmarcada sobre la repisa del hogar.

—Bien, querido hermano —dijo lentamente—. Todo está a punto…

El rostro rubio, juvenil y risueño que sonreía desde la fotografía policromada, no podía expresar nada al hombre que le hablaba. Pero éste hubiera dicho que un cierto destello de aprobación titilaba allá, en el azul profundo de las jóvenes pupilas.

—Sabes que lo haré —dijo sombríamente—. Es una vieja deuda que tiene que saldarse, y ésta es la mejor ocasión para ello. Me ha costado esperar tres largos años, pero lo he logrado al fin. El corre la prueba. Yo también la correré.

Su mirada se fijó en las miniaturas de automóviles de carreras y turismo que formaban fila en una estantería, flanqueando hasta media docena de trofeos conseguidos en distintas pruebas automovilísticas. El nombre grabado en todas las copas y figuras doradas o plateadas, con peana de madera, era siempre el mismo:

Gunter Adler

Había un legítimo orgullo en la expresión de Helmut al contemplar todo aquello ensimismado, profundamente reflexivo. Pero también dolor, amargura, un tremendo pesar. Pasó sus dedos sobre la superficie bruñida de algunos de ellos, acariciándoles como si fuesen algo vivo, palpitante. Algo que conservara aún una parte del espíritu y persona que los ganara tiempos atrás.

—Gunther, hermano… —susurró, cerrando sus ojos con una crispación dolorida—. Tú deberías correr ese rally, como tantos otros. Pero no te es posible. No te dejaron. No importa. Correré yo en tu lugar. Y te aseguro que alguien va a arrepentirse mucho de lo que sucedió una vez… antes de que pague el precio de su infamia.

Respiró hondo, con un destello helado en el fondo de sus ojos, tan azules como los del rubio joven fotografiado en el marco de la chimenea. Luego caminó hasta una ventana, asomando al exterior.

Las cúpulas doradas de la Catedral de Münich brillaban al tibio sol matinal, por detrás del edificio afiligranado del Ayuntamiento de la bella ciudad bávara. Las fachadas policromadas, que constituían una de las características de la capital de Baviera, formaban un panorama de cuento de hadas en la distancia. Pero Helmut no tenía ojos para todo eso que le era tan conocido. Parecía estar lejos, muy lejos de su Münich natal, en otras tierras infinitamente más cálidas y áridas, en regiones donde la vecindad no la constituían montañas nevadas ni castillos históricos, sino arenas, oasis y pueblos árabes dormidos bajo un sol de fuego, en una ruta infernal que iba a morir en una ciudad al borde del Atlántico, en una lejana tierra caliente y hostil, hermosa y terrible a la vez.

Una tierra donde un día, unas llamas envolvieron una carrocería polvorienta, con un ser humano retorciéndose en medio del fuego, al volante de aquel vehículo medio hundido en la arena…

Cerró los ojos, con un suspiro profundo. Su cuerpo tembló casi con violencia, y sus nervios y tendones se tensaron bajo la piel, contrayendo los músculos jóvenes y desarrollados.

—No, Dios mío, no… —susurró, humedeciendo sus labios resecos—. No quiero recordarlo… Ni un solo instante…

Fue hasta una mesa y se sirvió una generosa dosis de brandy, que apuró de un trago, sintiéndose mejor. Cruzó la sala con paso lento. Recogió rifle y revólver, y cerró de un portazo la estancia de trofeos. Momentos después, abandonaba su casa, próxima a la Plaza Mayor, o Plaza de Nuestra Señora, en un Opel rojo, que rodó a buena velocidad por las calles muniquesas. Se detuvo ante la Hofbrauhaus y entró a tomar una de las grandes jarras de cerveza de las siglas HB, en la vasta y destartalada sala del establecimiento, que una de las rollizas mozas que servían el local puso ante él en la larga mesa. Helmut Adler la apuró de un trago interminable, como si tuviera una sed angustiosa o quisiera ahogar sus sufrimientos en alcohol.

En el tablado, una orquestina local, como cada día festivo, interpretaba polkas y danzas típicas bávaras, mientras la cerveza corría generosa entre los clientes de la pintoresca Hofbrauhaus… Pero aunque aquel dorado y espumeante líquido ahogase sus recuerdos, su odio era algo que nada en el mundo podía ahogar. Nada, excepto la venganza…

En su bolsillo, un telegrama fechado en París, le respondía a su inscripción oficial:

> «Aceptada su petición para el Rally París-Dakkar. Saldrá de París el día uno de enero, con el número 117 en su vehículo.»

Era todo lo que había esperado conseguir. El principio de algo que ya no podía esperar más. Y se sentía, en cierto modo, feliz por ello.

Capítulo II

EL inspector Jouvé, de la *Sûreté* de París, contempló con expresión calculadora a su interlocutor. Tenía hundidas las manos en los bolsillos de su abrigo, en un ademán muy habitual en el veterano policía parisino. Su expresión, habitualmente afable, aparecía ensombrecida por una vaga irritación.

—No hemos conseguido absolutamente nada, *monsieur*

—manifestó con cierta acritud poco frecuente en él—. Nada de nada.

—Lo sé, inspector —suspiró el joven de la delgada figura y expresión preocupada que tomaba el café a su lado, en una de las terrazas con marquesina del *boulevard* des Capucines—. Y le aseguro que soy el primer interesado en que lleguemos cuanto antes a alguna parte.

—Lo comprendo. Ambos nos jugamos mucho: yo, mi prestigio como policía, cuando sólo me falta un año para jubilarme. Usted… diez millones de francos, en cifras redondas.

—Bueno, no exactamente —se permitió sonreír el joven, alzando una mano—. Yo, no. Por suerte o por desgracia, no es un problema personal. Jamás he soñado con disponer un día de una suma así para perderla, créame. Mis jefes, sin embargo, están temiendo que tengan que acabar por desembolsarla.

—¿Quién les aprieta más los tomillos en ese sentido? ¿La viuda o el socio?

—Ambos, *monsieur l'inspecteur* —suspiró el joven meneando la cabeza—. Madame Duprez exige el pago del seguro, puesto que el cuadro ha sido robado y no aparece. *Monsieur* Van Dyke, el socio de la firma, ha puesto en manos de sus abogados la cuestión, y éstos exigen la devolución de la miniatura robada… o el dinero contante y sonante.

—Su Compañía aseguradora no va a tener otro remedio que pagar o encontrar ese cuadro aunque sea en el fin del mundo, amigo Normand —sonrió sin demasiado humor el veterano policía—. Creo que una de las cláusulas de ese seguro, exige el pago del mismo en el mínimo tiempo posible, si algo le sucede al cuadro.

—Así es. Naturalmente, nuestros técnicos le están dando largas al asunto en forma legal, pero me temo que la obra salga de Francia en cualquier momento… y adiós esperanzas de recobrarla.

—La Interpol está avisada… —le recordó gravemente el inspector Jouvé.

—Lo sé, y harán lo que puedan, pero si ese cuadro llega a los Estados Unidos, pongamos por caso, y cae en manos de un coleccionista caprichoso y multimillonario, será como haberlo perdido de modo definitivo. Porque nadie verá ese Leonardo salvo su propietario.

—¿Por qué ha mencionado precisamente los Estados Unidos? —indagó el policía, arrugando el ceño mientras daba vuelta a su café, ya frío, haciendo tintinear la cucharilla en el negro líquido.

—Es fácil imaginar que el ladrón puede conseguir por ese cuadro fácilmente un millón de dólares o acaso más. Es una pieza única, sin catalogar. Incluso es posible que pidan por él tres o cuatro millones de dólares, y un chiflado del arte los pague sin rechistar por ese pequeño lienzo. ¿Dónde hay gente capaz de desembolsar tanto dinero con relativa facilidad? En América del Norte, mi querido amigo.

—Ya. Los nuevos ricos —sonrió desdeñoso Jouvé, sintiéndose muy francés.

—Algo así —admitió Alain Normand, inspector de Seguros de la *Asurance du Nord de L'Europe*, el consorcio asegurador que se había ocupado de extender la póliza a la obra de Leonardo propiedad del asesinado Gerard Duprez—. Por otro lado, hemos recibido una confidencia de los bajos fondos de París.

—¿Qué clase de confidencia? —se interesó el policía.

—Nada concreto, por desgracia. Puede ser una falsa alarma, pero apunta en esa dirección. Cierto pillo especializado en la transacción de obras de arte y antigüedades robadas o clandestinas, nos informó de la posibilidad de que el cuadro salga de Francia mediante algún ingenioso procedimiento que a nadie se le ha ocurrido, para recalar finalmente en los Estados Unidos, en manos de algún rico coleccionista privado.

—Ya. Veo que no sólo los policías tenemos confidencias —suspiró el inspector, tomando un sorbo de café frío. Y tan frío estaba, que torció el

gesto, retirando la taza, para pedir otro café al camarero. Hizo un gesto a Alain, pero éste negó con la cabeza, pidiendo en cambio un coñac. El policía prosiguió con parsimonia—: Nosotros también tenemos otra confidencia que puede ser interesante: monsieur Duprez tenía un amigo algo… peligroso, diría yo.

—¿Peligroso? —Normand enarcó las cejas—. ¿Qué clase de amigo?

—Un *gángster*. Un hampón.

—¿De veras?

—Así es. Un tipo muy conocido en los bajos fondos parisinos, como antes lo fue en Argelia y en Marsella. Su nombre es Marcel LeCocq.

—¿LeCocq? —se sobresaltó Alain—. ¿No tiene un apodo especial?

—Por supuesto. Un apodo muy célebre en ciertos círculos, *mon ami*. Le llaman El Búho. No sé si porque realmente ve de noche, o porque tiene los ojos redondos y fríos como ese pajarraco…

—¿Cómo podía tener Duprez un amigo semejante? Él era un importante hombre de negocios, frecuentaba la mejor sociedad, los círculos industriales y financieros de todo el mundo…

—Muchas veces, mi querido Normand, la gente así necesita de la colaboración y apoyo de personas como El Búho. Desgraciadamente, no siempre la buena sociedad está limpia de salpicaduras de fango y basura. Pero no hemos logrado saber qué clase de negocios mantenían ese hombre y Duprez, la verdad. No obstante, sí sabemos que forma pareja en el inmediato rally Paris-Dakar, a iniciarse el día primero de enero de este próximo año, con una joven muy hermosa, una tal Colette Renard, que oficialmente es su amiguita, pero que tenemos razones para sospechar que lo era también del propio Duprez.

—Vaya enredo…

—Ah, *mon chér ami, cherchez la femme*[1] —rió de buen humor el veterano policía—. ¿Va viendo la clase de lío ante el que podríamos encontrarnos?

—Un *ménage a trois* no creo que explique el robo del cuadro y el asesinato brutal de Duprez —objetó gravemente Alain, frotándose su bien rasurado mentón con aire reflexivo.

—No, pero podría aclarar ciertas cosas. ¿Sabe que yo también he pensado como usted en los Estados Unidos como destino de ese cuadro robado?

—Sí, lo imagino. Piensa como yo. Es el país donde sobra dinero para adquirirlo sin regatear. Los yanquis se pirran por las obras de arte y las antigüedades, porque carecen de ellas en su historia propia.

—Bueno, bueno, no afirmaría tanto —rió el policía irónicamente, complacido por aquel comentario que halagaba su propio chauvinismo —. Me baso más bien en un hecho lógico y racional, que tiene relación con algo que acabo de mencionarle.

—Temo no comprender.

—El rally —bostezó Jouvé, echando dos terrones de azúcar a su nuevo café, en tanto que su compañero de mesa tomaba un sorbo del Martell que acababan de servirle.

—¿El rally Paris-Dakar?

—El mismo. Se inicia en París, como bien sabe. Su recorrido exacto, al menos este año, cubre un itinerario donde están comprendidas ciudades como Orleáns, Limoges, Toulouse, Nimes, en Francia. Luego son traslados los vehículos por mar desde Marsella, hasta Africa, desembarcado en Argel. Desde allí, una interminable y agotadora travesía les lleva a través del Continente africano, hasta el lejano Tombouctou, y otros lugares del interior, para terminar en la ciudad costera de Dakar.

—Veo que es usted un experto en rallies, inspector —sonrió Alain.

—Tengo que serlo. ¿Sabe qué circunstancia se produce en Dakar, fechas después de terminar allí el rally más agotador del mundo?

—Pues… no sé.

—Un buque de cabotaje norteamericano, el *Niágara*, estará anclado en ese puerto, y se hará a la mar por entonces, de regreso a los Estados Unidos.

—Cielos. Podría no ser casual…

—Podría no serlo —convino el policía suavemente—. Y, en tal caso, el lienzo de Leonardo, trasladado hasta allí de alguna forma, emprendería viaje sin retorno al país del dólar.

—¿Cree que alguien de ese rally… podría llevarse consigo la pintura?

—Es una posibilidad, ¿no cree? Una prueba deportiva de esa categoría, se presta a cualquier maniobra. Ellos saben que la policía no puede controlar estrechamente nada menos que a casi cuatrocientos vehículos, como están inscritos para ese rally.

—Entonces, tal vez ese *gángster* y la chica…

—No se precipite —pidió gravemente el policía, alzando una mano —. También el socio y mejor amigo de Duprez, René Van Dyke, corre esa prueba. Sólo que lo hace en motocicleta, no en coche, y le acompaña con otra máquina un tal Philippe Charot, también amigo

íntimo de Duprez, de quien se dice que cortejaba en exceso a la actual viuda, madame Duprez.

—Vaya, el asunto se complica…

—El asunto ya está complicado desde un principio —esta vez, el policía apuró su café sin dejarlo enfriar—. Si yo fuera un hombre joven, no dudaría en inscribirme en esa prueba y viajar hasta Dakar, intentando al menos sobrevivir a tan largo viaje, lo suficiente para seguir, quizás, la pista del cuadro robado. Pero a mí edad, esas aventuras son imposibles, mi querido amigo.

—¿Me está sugiriendo acaso a mí que…?

—Yo no sugiero nada —se apresuró a negar Jouvé con energía—. Sólo estaba haciendo un comentario.

—¿Y por qué no? —dijo con repentina excitación Alain Normand—, Soy buen conductor, me gusta el deporte, la competición… y el asunto podría resultar. Peor será quedarse aquí en París, mientras quizás el Leonardo vuela definitivamente de Francia, sin posibilidad de retorno. Si recupero ese lienzo, salvo a mí Compañía de una pérdida de diez millones de francos y, de paso, me gano una recompensa sustanciosa.

—E incluso podía ayudar a la policía a encontrar a la persona que mató a *monsieur* Duprez —señaló con afable sonrisa el veterano inspector—. Toda una hazaña, amigo mío. Pero también puede ser un simple sueño, cometer un grave error, perder un tiempo precioso, abriéndose camino a través de selvas y desiertos africanos, para nada.

—Vale la pena correr el riesgo.

—Eso es lo que diría yo, si tuviera su edad —suspiró Jouvé jovialmente, guiñándole un ojo—. Dése prisa, muchacho. Esta noche queda cerrado el plazo de inscripción en el rally…

* * *

Fue una jornada memorable para la ciudad de París, aquella del primer día de enero de 1982.

Casi cuatrocientos vehículos —exactamente trescientos noventa y uno, incluyendo los más heterogéneos y desiguales medios de transporte, entre coches, motos y camiones, furgonetas y cuanto podía rodar con ciertas garantías de éxito, a través de tantos miles de kilómetros, se alineaban en la salida, para iniciar su partida. Cada treinta segundos, conforme al reglamento de la prueba, iba dándose la salida a uno de los vehículos inscritos y numerados. Empezaba la última

gran aventura del siglo XX, como algunos la llamaban.

Heroica mezcla de deporte arriesgado, obstinación aventurera, tesón humano por el triunfo competitivo, y una dramática incógnita sobre las posibilidades reales de atravesar aquellos diez mil kilómetros y llegar a la lejana meta, el rally Paris-Dakar era el desafío del hombre contra su máquina, contra las condiciones climáticas y ambientales, contra la dureza del trazado y contra los avatares e imprevistos que se podían presentar durante la carrera, en forma de averías, accidentes, enfermedad, agresión hostil… e incluso muerte.

Sí. La Muerte era el corredor sin número en aquella prueba. Eso, todos lo sabían, aunque confiaban en esquivar sus embates lo mejor posible. Un puñado de aguerridos hombres y mujeres, a lomos de modernas cabalgaduras rodantes, iban a emular a míticos centauros durante unas jornadas agotadoras y terribles. La sonrisa, el buen ánimo y las esperanzas sin límite que se advertían en los rostros risueños de todos los participantes, pronto empezarían a trocarse inevitablemente en rictus de preocupación, dolor o exasperación, cuando no de amargura e incluso de agonía.

Pero nadie pensaba en las adversidades que aguardaban en el camino. La salida de París era una fiesta. Y eso es lo que importaba en esos momentos, cuando el organizador de la prueba dio la salida al primer vehículo, y el rally más duro y largo del mundo dio así comienzo.

En sus casi cuatrocientos vehículos, muchas más de seiscientas personas, dado que eran numerosos los viajeros formando pareja para poderse turnar en las exhaustivas jornadas de viaje, iniciaban de ese modo la gran prueba deportiva, con su ilusión y sus esperanzas puestas en la lejana llegada a Dakar.

* * *

Hasta la ciudad de Nimes, la aventura era mínima. Atravesar carreteras francesas, aunque fuese en los fríos y desapacibles días invernales de inicios del año, no era ninguna hazaña especial para aquellos colosos hacinados que se dirigían al sur, en busca del mar.

Rodar, rodar y rodar, manteniendo un ritmo constante, todavía con los ánimos a tope y las fuerzas físicas y mentales intactas. Eso era todo lo que tenían que hacer, a través de les pueblos, campiñas y ciudades de Francia, hasta que los vehículos fuesen embarcados rumbo a Argel, primera plaza africana donde tocarían los concursantes de la gran

prueba, para iniciar su viaje hacia Ouled Djellal, primera etapa de la ruta africana.

Helmut Adler conducía sin prisas, el gesto inexpresivo, aferrando el volante con manos de experto, la mirada fija ante sí, en otros vehículos que le precedían. No le preocupaba ahora adelantar a ninguno. Las etapas francesas las iban quemando todos limitándose a conservar sus energías intactas, y cuidando mimosamente de sus máquinas, para que llegasen en las más perfectas condiciones a la parte difícil y dura del recorrido.

En un lujoso y potente coche deportivo de gran belleza y aerodinámicas líneas, la pareja formada por Jessica Docherty, una rica heredera inglesa, y su acompañante, el famoso actor cinematográfico Clifford Sheena, despertaban la admiración de todos los espectadores de la prueba. Las revistas del corazón, las cinematográficas y la prensa sensacionalista, había difundido generosamente días atrás las imágenes de ambos corredores y de su deslumbrante vehículo último modelo, prestando una aureola de publicidad gratuita al actor y a la millonaria que, sonrientes, respondían a los saludos de la gente con la más carismática de sus expresiones faciales, agitando afectuosamente el brazo a la multitud apiñada a ambos lados del recorrido.

—Es magnífico tener tu fama y popularidad, Cliff —dijo Jessica, tras dejar atrás Toulouse, en medio del entusiasmo popular.

—No lo creas —rechazó el actor, con falsa modestia—. Tu belleza también atrae a las gentes como la miel a las moscas, Jessica. Sin ti al lado, pasaría casi desapercibido excepto para mis fans. Y no creí tener demasiadas en Francia.

—Ya ves que te equivocaste —rió Jessica, orgullosa de llevar a su lado a tan seductor y célebre personaje—. Todo el mundo te conoce y admira, en Inglaterra o Francia. Igual que en tu país, Cliff.

El arrogante y guapo galán hizo un gesto de suave desdén, como quitando importancia al hecho, pero era evidente que le halagaban de forma extraordinaria las palabras de su compañera, ensalzando de tal modo sus cualidades.

Un poderoso camión pasó junto a ellos, haciendo sonar ruidosamente su claxon, en son de burla, hacia el potente coche deportivo de la pareja. Jessica frunció deliciosamente el ceño y manifestó, inclinándose hacia el parabrisas, donde el camión mostraba ya su parte trasera, con las luces encendidas en el atardecer.

—No me ha gustado nunca que uno de esos trastos me sobrepase en

ruta.

—A mí tampoco —rió el actor de Hollywood.

Y pisó a fondo el acelerador, enfilando con su sport de centelleante color escarlata al camión que acababa de superarles, para adelantarlo con celeridad por su izquierda. Sheena, sarcástico, hizo emitir a su claxon una música potente y ruidosa, del muy americano ritmo de «Levando anclas», en respuesta a la burla del conductor del camión, al dejarle atrás. El aire movía la gran tela numerada que se adhería a la carrocería del pesado vehículo. Era uno de los competidores en el rally, por supuesto. La voz del automovilista concursante, le increpó en francés, cuando el deportivo hizo una maniobra delante de él, obligándole a frenarse sobre la marcha para no embestirse:

—*¡Cochon! ¡Merde d'americain!*

Clifford Sheena —cuyo deportivo, por supuesto, lucía matrícula del Estado de California, y las siglas USA bien visibles en su parte posterior —, soltó una carcajada, lanzándose como un bólido carretera adelante. Pasaron en un momento a varios motoristas y a tres o cuatro automóviles de mucha menos potencia. Para rebasar a otro más, antes de alcanzar una curva, mientras Jessica palmoteaba alegremente por la «hazaña» de su compañero, tuvo que forzar algo la maniobra de adelantamiento, y en ese instante, infortunadamente, se percibió la pérdida de aire en un neumático, de forma progresiva y rápida, aunque por fortuna no fulminante, lo cual hubiese provocado quizás un desastre.

—¡Maldición, se está deshinchando una rueda! —rugió Sheena, metiendo con rapidez el embrague y el freno para ir reduciendo velocidad. Se detuvo al fin, justo en la curva, en un arcén de la carretera, ya con la rueda volteando vacía y fofa, y no pudo evitar que un guardabarros del rojo vehículo golpease contra la valla, abollándose y haciéndose añicos uno de los faros antiniebla.

El flamante deportivo se quedó allí parado. Pasaron coches, motocicletas… y hasta el camión anterior. Todos lo hicieron riéndose de ellos y haciendo sonar sus claxons de forma burlona.

Irritado, apretando sus mandíbulas, Clifford Sheena parecía a punto de estallar de ira, mientras Jessica, defraudada, soltaba un hondo suspiro, al comprender el retraso que iban a sufrir en llegar a la meta de Nimes ese día.

—Creo que perderemos casi media hora —masculló el actor, abriendo la portezuela de golpe, y contemplando ceñudo la maltrecha

carrocería del guardabarros derecho—. En fin, no hay otro remedio…

—Tal vez no debiste correr demasiado —musitó ella.

—Tal vez. Fue un error, una estupidez. La competición no es esto. No sé qué me pasó… ¿Sabrás disculparme?

—Claro. Voy a ayudarte a cambiar la rueda, Cliff —murmuró la joven saliendo del coche tras de él con aire resignado.

Minutos más tarde, se hallaban ambos en la tarea de alzar el coche mediante el gato, para cambiar el neumático deshinchado por otro nuevo, mientras la caravana de vehículos del rally iba desfilando ante ellos con intermitencias, rumbo a Nimes.

—¡Vaya, pero si es mi dulce, adorable y encantadora ex-prometida!

Jessica pegó un respingo, al oír aquella voz varonil, jovial, de tono divertido y alegre. Alzó el rostro, manchado de aceite, con tiznones sobre su naricilla y pómulo, para encontrarse, realmente asombrada, con la imagen deportiva y simpática de Peter Graham.

Peter Graham, su antiguo novio, a caballo de una potente moto japonesa, de gran cilindrada, vestido con traje de cuero y casco blanco, donde llevaba el número mismo que lucía su moto.

—¡Peter! —musitó ella, enrojeciendo vivamente—. ¡Participas en esta carrera!

—Por supuesto. No estoy aquí de espectador solamente

—rió Graham con excelente humor. Y soltó una carcajada al ver tumbado en el suelo, forcejeando con el neumático, al arrogante y famoso actor, que le dirigió una ojeada nada amistosa—. ¿Problemas, querida?

—No tiene importancia —replicó ella, desdeñosa—. Como ves, un vehículo semejante no tiene problemas a la hora de recuperar terreno y tiempo perdidos.

—En las carreteras de Francia, desde luego que no —observó Peter irónicamente—. Pero ¿qué ocurrirán en el desierto africano?

—Eso es asunto nuestro. Y tuyo. Veremos si tu flamante moto llega muy lejos. Creí que un hombre como tú haría este rally de forma más segura que encima de una motocicleta.

—Espero llegar lejos con mi máquina, si te refieres a eso.

—Eso se verá en Dakar —surgió, fría y hostil, la voz de Clifford Sheena, que logrado ya el intento de encajar el neumático, iba a proceder ahora a afianzarlo mediante las tuercas del radio—. Siga o perderá demasiado tiempo aquí, amigo.

—Yo no soy su amigo —replicó secamente Graham. Hizo un gesto

burlón a Jessica—. Que tengas mucha suerte en tu soñada aventura, encanto. Espero que volvamos a coincidir antes de la meta final… si es que llegáis.

Y soltando una carcajada, puso en marcha su moto y partió raudo, perdiéndose en la distancia. Humillado por aquel que más podía dolerle, Jessica Docherty se mordió el labio inferior y apremió, impaciente, a su pareja:

—¿Pero es que aún no está eso, Cliff?

—Sólo un par de minutos y podremos reanudar la marcha. En Nimes trataré de reparar lo mejor posible lo del guardabarros, y cambiar el faro de nieblas. Ten paciencia, Jessica, por favor…

Ella no dijo nada. Su mirada, encendida y colérica, se perdía en la distancia, donde el polvo flotaba aún, como recuerdo del paso vertiginoso de Peter Graham, jinete en su motocicleta, competidor como ella misma en aquel rally por el que se habían roto sus relaciones.

Capítulo 

EL Opel de Helmut Adler rodaba a buena marcha. Ya se veía Nimes en la distancia, ofreciendo por aquella noche su albergue a los competidores del rally. Más tarde, en el puerto de Marsella embarcarían rumbo a Argel.

El rostro rubio y enérgico del joven bávaro era una máscara inescrutable en todo momento. Sus manos enguantadas se cerraban sobre el volante con firmeza. Había comenzado a llover ligeramente y hacía frío. La carretera se había tornado resbaladiza y había que conducir con extremas precauciones. La primera baja ostensible de la ruta ya la había presenciado con sus propios ojos, a la altura de Saint Gilles, en una zanja bastante profunda.

Un coche turismo francés se había salido de la carretera, golpeando un árbol y volcando al fondo. Uno de sus ocupantes había sido evacuado en ambulancia. El otro, cojeando, pero por su propio pie, tras salir de la zanja donde el vehículo estaba irremisiblemente destrozado, era asistido junto a la cuneta. No queda Adler que le ocurriera a él lo mismo. No, todavía no. Quedaba mucho por hacer.

Ya enfilando hacia el acceso a Nimes, descubrió algo que había estado buscando en vano durante toda la jornada. El Mercedes azul cobalto.

Rodaba no lejos de él. Su número de orden terminaba en trece, pero no era bien visible aún la primera cifra. Entornó los ojos. Una luz fría animó sus pupilas azules. Pudo ver la placa posterior del vehículo momentos más tarde. Era de Hamburgo. No podía tratarse de una coincidencia.

Aquél era el coche de Franz Kraff. El coche de su enemigo mortal.

Siempre llevaba el mismo. Idéntico Mercedes azul habla sido la causa de toda la tragedia. Franz no cambiaba fácilmente de vehículo. Debía pensar que le daba suerte. Y, efectivamente, era un ganador. Siempre lo era.

—Esta vez no ganarás, maldito —silabeó, conduciendo a velocidad regular, sin pretender no sólo pasarle, sino tampoco situarse a su mismo nivel—. Esta vez, no. No habrá víctima que propicie tu propio éxito… ¡porque tú serás esa víctima!

Ignoraba quién era su pareja. Sólo podía ver una figura de espaldas, con una gorra hanseática y un chaquetón oscuro de paño, junto a la erguida figura de Franz Kraff. Algún amigo o socio, pensó Helmut, indiferente hacia la persona que formaba el tándem del Mercedes. Quien de verdad le interesaba a él era una sola persona: la que ahora conducía. Franz Kraff, el campeón de rallies…

Detrás, con su equipo, sus provisiones y sus útiles para tan larga carrera, iban sus dos armas. Su rifle, su revólver, la munición… Ya llegarla el momento de utilizarlo. Cuando las distancias entre los competidores se estirasen y estirasen, hasta quedar aislados durante horas enteras en parajes desolados y difíciles…

Entonces. Entonces sería su momento.

* * *

Había una profunda niebla aquella mañana.

Aún no había amanecido, mientras la sirena del barco sonaba en la oscuridad, a través de la densa bruma, alejándose de la costa francesa.

Iban rumbo a Africa a través del Mediterráneo. A bordo, viajaban los vehículos que iniciarían en tierra, una vez hecha la etapa neutralizada del mar, la auténtica etapa heroica de la carrera, el enfrentamiento abierto del hombre y su máquina contra la geografía y el clima, por nombrar sólo dos peligros, del gran continente africano.

—¿Preocupado? —preguntó Colette Renard a su acompañante, asomado a la borda.

Marcel LeCocq giró la cabeza, mirando a su compañera, mientras fumaba con lentitud su cigarrillo. Los ojos oscuros destacaban en sus facciones pálidas y suaves. Eran grandes y redondos como los de un búho. Daba la impresión de que podían ver incluso a través de aquella espesa niebla que se cernía sobre el mar en la madrugada de enero.

—Un poco —admitió el *gángster* suavemente—. Nos espera lo peor,

Colette.

—Pero a ti te gusta el riesgo…

—Claro. Forma parte de mi vida —sonrió él vagamente, arrojando el cigarrillo al mar. La brasa trazó una curva luminosa que pronto se borró en la bruma—. Pero esta vez es distinto.

—¿Distinto? —enarcó ella las cejas—. ¿Por qué? Correr en un coche no es tan peligroso, si no van detrás un puñado de policías pegando tiros… o te persigue otra banda rival, dispuesta a todo.

—¿Olvidas lo que le pasó a Gerard?

—¿A Duprez, tu amigo el industrial? —Colette Renard se encogió de hombros—. Bueno, tú me has dicho que no tuviste nada que ver en eso…

—Pero la policía no se lo ha creído, estoy seguro —murmuró El Búho, frunciendo el ceño—. Tengo mala fama. Un hombre como yo es siempre el sospechoso ideal para cualquier polizonte del tres al cuarto. Y el inspector Jouvé es un buen policía, Colette.

—Entonces no tienes nada que temer. No sospechará de ti —los ojos grises de la joven reflejaron de pronto temor—. ¿O… me has mentido, Marcel, y tú, realmente…?

—No, te doy mi palabra que no maté a Gerard. No nos llevábamos demasiado bien últimamente, ésa es la verdad, pero seguíamos necesitándonos el uno al otro en muchas cosas. No le hubiera matado por un pequeño trozo de lienzo, querida.

—Ese pequeño trozo de lienzo, cómo tú lo llamas, vale diez millones —le recordó la muchacha pelirroja de ojos color pizarra, irónicamente, haciendo sonar juguetonamente las perlas de su collar.

—Lo sé. Por eso sospecho que nos vigilan.

—¿Aquí? —dudó ella, mirando en torno, a la cubierta envuelta en niebla.

—En todas partes. Sospecho que alguien va en el rally sin intención de competir deportivamente.

—¿Policía?

—Pudiera ser. O un detective privado o cosa parecida, no sé. Es una corazonada.

—No hay motivo para ello. Te dejaron salir de Francia. Es buena señal, ¿no?

—Claro. No tienen pruebas para detenerme. Son muy listos. Piensan que vigilando a su sospechoso, no sólo terminarán cazándole, sino recuperando la pintura robada.

—Hablas como si realmente la hubieses robado tú… y la llevaras encima —se alarmó Colette, inquieta.

—No digas tonterías. Te he dicho que no maté a Duprez. En todo caso, también podría sospechar de ti.

—¿De mí? ¿Por qué motivo? Yo no vela ya a Gerard hace tiempo…

—Eso no importa. Eres ambiciosa y no le tenías muchas simpatías.

—¿Olvidas que soy muy mala tiradora? No hubiese acertado a la primera a Gerard. Y eso parece ser, justamente, lo que hizo su asesino.

—Pudiste buscarte un cómplice, caso de planear ese golpe, Colette.

—¿Yo, un cómplice? ¿Quién? —se irritó ella, mirándole agresiva.

—Yo, por ejemplo —dijo una voz sardónica a espaldas de la joven.

Colette se volvió con brusquedad, ahogando una exclamación de sobresalto. Instintivamente, LeCocq llevó su mano a la axila izquierda, bajo su chaqueta cheviot, pero se contuvo al ver siluetarse a alguien en la niebla, acercándose a ellos por la cubierta.

—¡Van Dyke! —exclamó sordamente el *gángster*—. ¿Usted aquí? No me diga que compite en…

—¿El rally? —rió suavemente el alto y elegante socio del difunto Duprez, fumando con indolencia un cigarrillo con boquilla de metal—. Sí, mi querido LeCocq, así es. No conduzco un coche como usted, sino una humilde motocicleta.

—¿Humilde? —el *gángster* puso un gesto irónico—. Si viaja en su BMV, no creo que tenga nada de humilde. Puede ganar cualquier competición en ella.

—Menos un rally como éste. Sé que no tengo posibilidad alguna, pero me gusta competir, eso es todo.

—Ya. ¿Participa usted solo?

—No necesito *partenaire*. Pero me acompaña un buen amigo, Philippe Charot.

—Le conozco —terció con sarcasmo Colette—. Y también creo que le conoce bastante la señora Duprez…

—Es posible —eludió fríamente Van Dyke ese punto escabroso del asunto—. Les oí hablar de… asesinato, LeCocq.

—Bromeábamos, eso es todo.

—¿Con la muerte? Macabra broma la suya.

—Usted también participó en ella, en cierto modo —señaló LeCocq —, Dijo si no le entendí mal, que usted pudo ser el cómplice de Colette en un supuesto crimen…

—Soy magnífico tirador, usted lo sabe. Yo no hubiera fallado, teniendo ante mí a Gerard, especialmente si estaba vuelto de espaldas.

—¿Cómo sabe que estaba en esa posición? —terció Colette de nuevo con presteza.

—Mi querida amiga, leo los periódicos —sonrió el que fuera socio y amigo del asesinado en París—. Y además, vi el cuerpo de Gerard. La bala le había entrado por detrás, eso era obvio.

—¿Por qué tendría que ser yo cómplice suyo en un crimen? — dijo ella, molesta.

—Porque a ambos nos convendría ganar diez millones tan fácilmente —rió Van Dyke, con ironía—. Además, usted es una joven muy bella, yo no soy un adefesio… y podríamos estar perfectamente unidos en algo más que la complicidad de un crimen.

—Si eso fuera cierto, sería yo el que le mataría a usted —silabeó LeCocq con frialdad, extrayendo otro cigarrillo de un paquete—. Pero claro, supongo que continuamos con la misma broma.

—Por supuesto, amigo mío —sonrió a su vez Van Dyke con indolencia—. Todo es broma. Le aseguro que no tenía ningún motivo para matar a mí socio. Deshacerse de un cuadro tan valioso y único resultaría un engorro excesivo. Es un crimen estúpido, y yo nunca he sido un estúpido. Imagino que si la policía alberga alguna sospecha, ésa no puede recaer en mí, LeCocq.

—Oh, claro. Sugiere que yo sí puedo ser el sospechoso ideal, ¿no?

—¿Por qué no? Usted no tiene muy buena fama…

—Pero nunca ha asesinado a nadie por la espalda, Van Dyke — replicó glacial el hampón—, Al menos, no hasta ahora…

La última observación parecía una vaga amenaza. Y al parecer, Van Dyke la tomó como tal, aunque siguió haciendo gala de su sarcasmo.

Meneó la cabeza, se encogió de hombros y manifestó con voz perezosa, mientras daba media vuelta para alejarse de nuevo en la bruma:

—Por mí, puede empezar a practicar. Soy un buen blanco, e incluso voy desarmado en estos momentos. No debería perder tan magnífica ocasión…

Soltó una risita y se fundió en la bruma. LeCocq juró entre dientes. Colette le aferró el brazo, mirando hacia donde se habla ido el socio de Duprez.

—No me gusta ese hombre —manifestó con voz ronca.

—A mí tampoco. Creo que habrá que guardarse de él durante este

rally, querida… Contra lo que él dice, la policía sí puede tenerle en su lista de sospechosos. Y a él le iría muy bien que algo nos acusara a nosotros, para quedarse limpio de toda duda…

El barco volvió a hacer sonar su sirena profundamente en la madrugada. Por el horizonte, comenzaba a asomar un vago resplandor azulado, precursor del alba. Colette se estremeció, musitando:

—Vamos, es muy tarde, Marcel. Y mañana habrá una dura jomada, desde Argel a Ouled Djellal…

—Sí, vamos. El sueño y el descanso no van a sobrar a partir de ahora…

* * *

Alain Normand miró el reloj de pulsera en la oscuridad.

Era ya muy tarde. Debía estar cercano el amanecer.

Acababa de sonar la puerta vecina en su camarote. Se incorporó, yendo hasta la puerta descalzo. Entreabrió la puerta y miró. Aún llegó a tiempo de ver entrar a Marcel LeCocq, detrás de su compañera Colette, en el inmediato camarote.

La puerta vecina se cerró. Alain también cerró la suya y bostezó, encendiendo un cigarrillo al volver a la cama. Era difícil, pensó, vigilar a tantos sospechosos como formaban parte de aquel rally. Por un lado, el *gángster* y su amiguita. Por el otro, René Van Dyke y su amigo Charot, el joven motorista. Cualquiera de los cuatro podía ser el portador del lienzo de Leonardo. Y el asesino de Duprez.

Pero hasta el momento, no había tenido ocasión de aproximarse a ellos con una excusa. Sabía que sospecharían de cualquier extraño que les abordase. Y si uno era un ladrón y asesino, poseedor en estos momentos de una obra de arte valorada en diez millones de francos, sus recelos serían cien veces mayores. Debía andarse con pies de plomo para no delatarse antes de tiempo.

Mientras el culpable, si es que realmente viajaba en aquel rally a través de dos continentes, se sintiera seguro, todo iría bien. No convenía alarmarle antes de llegar a regiones donde le fuera realmente difícil evadirse con el botín de su crimen.

Tras reflexionar sobre todo eso, apagó el cigarrillo y se dispuso a dormir, despreocupándose de los movimientos ajenos a bordo de aquel barco. Le esperaban jornadas muy duras en Africa, para estar ahora permitiéndose el lujo de perder horas de sueño y de reposo.

Se tumbó en la confortable cama pero en ese momento, oyó las voces en el pasillo. Una de hombre, fuerte y áspera. Otra de mujer, expresando apuros.

—No seas idiota, chiquilla, si soy muy cariñoso con las chicas bonitas como tú… Deja que te abrace…

—¡Suélteme! —sonó la voz femenina, alarmada—. ¡No me toque! Está usted borracho… No, no dejaré que ponga sus sucias manos encima de mí, grosero. ¡Apártese!

Alain Normad se sintió caballero andante de pronto. No se lo pensó demasiado. Saltó del lecho, como una centella, y corrió a la puerta descalzo y en pijama. Salió el pasillo.

El que forcejeaba con la muchacha era un hombre joven y vigoroso, de cabello muy corto y claro, de rostro no mal parecido, con evidentes señales de embriaguez que enrojecían su cara y su mirada turbia.

Estaba forcejeando con una joven muy rubia, esbelta y atractiva, a quien pretendía manosear, buscando con sus fuertes manos los senos y nalgas de la muchacha, mientras ésta se defendía apuradamente de su férreo abrazo.

—¡Suéltela, y pronto! —avisó Alain con voz enérgica, plantándose en medio del pasillo del barco.

El joven ebrio le miró irritado, sin dejar de sujetar con sus brazos a la joven.

—Váyase al diablo, imbécil —bramó colérico, logrando hundir una mano en el escote de ella, bajo su blusa, y aferrando uno de sus bien formados y generosos senos.

Enrojeciendo de ira y de vergüenza, la joven gritó pero en vano. Aquel joven osado y grosero, era muy fuerte incluso bajo los efectos del alcohol.

Alain ya no dudó un solo momento. Fue hasta ellos, y disparó su puño, seca e inesperadamente, contra el mentón del otro.

El agresor recibió el impacto en su mandíbula y se quedó rígido. Pareció flotar totalmente *groggy*, momento que aprovechó Alain para arrancarle los brazos de encima a la muchacha, y se desplomó como un fardo, contra el muro, quedándose sentado en el corredor, en grotesca posición, totalmente inconsciente.

—Cielos, le ha matado… —jadeó la muchacha, con un francés de claro acento extranjero, revelando horror en sus bellos ojos verdes.

—¿Matarle? —No, nada de eso —rió Alain con buen humor—, Dormirá un buen rato, y cuando se despierte tendrá tanto dolor en la

mandíbula que no podrá comer bien en dos o tres días. Eso será todo, señorita…

—Gardner —murmuró ella—. Judy Gardner. Soy norteamericana…

—Alain Normand es mi nombre. Parisino —sonrió el joven.

—No sé cómo agradecerle su ayuda de ahora…

—No tiene nada que agradecer. Oí voces y acudí a sacarla del apuro, eso es todo. Abundan los donjuanes de vía estrecha como ése, cuando tienen una copa de más. Si participa en el rally, va a tener problemas mañana para conducir. Lleva demasiado alcohol encima, y eso es malo en un país como Africa.

—Yo también conduzco en el rally —sonrió ella—. Y usted, supongo.

—Así es. Una modesta motocicleta.

—Yo también — palmoteó ella, con entusiasmo—. Viajo con una amiga inglesa, motorista también. Estaba muy nerviosa esta noche, quise dar un paseo y tomar un café en el bar del barco… y me tropecé con ese bribón.

—Bueno, entonces estamos embarcados todos en la misma empresa. ¿Piensa llegar a Dakar?

—Por supuesto. ¿Y usted no?

—Claro —rió Normand—. No espero ser el ganador, ni mucho menos, pero sí sobrevivir. Ya será bastante, imagino. Una gran experiencia.

—Y una aventura maravillosa —ponderó ella con entusiasmo en sus brillantes ojos color esmeralda—. Estoy ansiando cruzar el desierto, los oasis, los pueblos interiores de Africa, ver los ríos con caimanes, las tribus negras del interior, los beduinos en las arenas…

—Ha leído demasiadas novelas de aventuras —rió Alain—. Pero ciertamente, Africa es fascinante. Va a gustarle mucho, estoy seguro de ello.

—Por favor, no se moleste más por mí —dijo ella, al verle en pijama y descalzo—. Vuelva a su camarote. Puede enfriarse… Mañana charlaremos más ampliamente, ¿le parece?

—Si nos encontramos —suspiró el joven inspector de seguros—. No es fácil verse unos a otros antes y después de las etapas, con ese hacinamiento de coches, sacos de dormir, motocicletas y camiones.

—Mi moto no puede confundirse. Es de color dorado, con un rayo rojo —dijo ella. Y le dio el número de inscripción—, Siempre me pongo al final del grupo de motociclistas. Creo que podrá verme en Argel, antes de partir. Y después, en la meta… Me gustaría charlar con usted,

Alain. ¿No le importa que le llame así?

—Claro que no, señorita Gardner.

—No, no. A mí debe llamarme Judy. Sólo Judy —le sonrió dulcemente, tendiéndole su mano—. Somos amigos, ¿no?

—Claro —asintió Normand de buena gana—. Amigos para siempre…

Y estrechó con calor la mane suave y fina de la joven motorista americana. Ignoraba que el hombre a quien había golpeado poco antes, no era otro que el joven compañero de viaje de René Van Dyke, el motorista Philippe Charot.

Capítulo IV

PETER Graham bostezó, mirando al sol qué se elevaba en el cielo, deslumbrante, blanqueando la ciudad de Argel. Era un clima muy distinto al de Europa. Allí el invierno no se notaba. Hacía calor y la luz del día deslumbraba. Alrededor suyo, la polvareda de cientos de vehículos formaba un velo turbio que todavía daba más sensación calurosa y pesada en la mañana.

Iban a emprender la salida, tras un día de descanso completo en la capital argelina. Una masa ingente de motocicletas de todas las marcas, tamaños y cubicajes, se hacinaban en el punto de partida, mientras el organizador de la carrera, como cada mañana, iba impartiendo las últimas instrucciones mediante un potente equipo de megafonía, a todos los participantes. Durante nueve horas de marcha ininterrumpida, deberían recorrer una media de setecientos kilómetros, poco más o menos, estaba diciendo en estos momentos Thierry de Sabine, enfundado en su blanco mono, con los nombres del rotativo *Le Point* y de la emisora *Europa 1*, en la espalda y torso de la prenda, bien visibles,[2] como todo el personal encargado de la compleja organización, revisión y control de la carrera.

La impaciencia por iniciar la gran aventura, mantenía ya en tensión a cada uno de los participantes. Se ansiaba afrontar el momento supremo de tomar el volante o el manillar, y arrancar, rumbo al sur, hacia el interior de Africa, el continente sugestivo, misterioso y lleno de riesgos.

Al fin, se dio la señal de partida.

Argel rugió, convertido en un infierno de motores en marcha. Cada treinta segundos, conforme a lo previsto, salía un vehículo. Así todos,

hasta casi los cuatrocientos inscritos en el rally.

Llegado su turno, Peter Graham pisó y sus manos aferraron con fuerza el manillar. Arrancó, entre una polvareda. El aire caliente olía a sol, a tierra ardiente, a gasolina y aceite, a motor en acción. Era algo vivificante y denso, que parecía saturar los pulmones y penetrar por los poros, espoleando hacia adelante.

La marea mecánica se había puesto en marcha. Durante todo un día, inexorablemente, se movería bajo el cielo africano, en busca de un lugar aventajado en la meta, para ir sumando horas a favor, y puntos hacia la victoria final.

Peter se había inscrito en aquella prueba más por cabezonería, por competir contra su ex prometida y el presuntuoso actor americano, que por auténtica convicción. Iba como periodista y deportista a la vez, ya que su periódico le había pedido una serie de reportajes sobre la carrera. Pero ahora, sumergido en el clima tenso, apasionado y vibrante de la prueba, se sentía ya uno más de sus competidores, un hombre que luchaba también por el improbable triunfo, con todo el afán del mundo, igual que si estuviera disputando una maratón, una vuelta ciclista o formara parte de un equipo olímpico, en busca de medallas de oro. El espíritu deportivo de la competición por la pura competición, había hecho presa en él. Ahora sabía, mientras las dos ruedas giraban vertiginosas sobre el suelo caliente de las calles argelinas, hacía la ruta abierta a través del desierto, y el motor rugía, haciendo vibrar la máquina bajo su peso, que iba a luchar como el que más, no sólo por vivir una aventura excepcional y luego relatarla a sus lectores de Londres, sino por intentar ser el primero en cruzar la meta de Dakar, al final del viaje.

Ya no era solamente la obstinación infantil por desbancar a Clifford Sheena o por devolverle el golpe a Jessica, sino el afán de victoria, el deseo del triunfo, en noble y justa competencia con los demás.

Y aunque al final no ganase, ¿qué importarla, después de todo? Habría luchado por ello con todas sus fuerzas. Lo habría intentado. Eso era lo que valía, lo que contaba en el deporte: participar, competir, enfrentarse sin ventaja a los demás, para ganar o para perder. Porque, a fin de cuentas, alguien había dicho una vez que no era necesario ganar para ser el mejor. Y quizás tuviera razón.

Lo mismo que podía sentir ahora Peter Graham, lo sentían casi todos los participantes sumergidos en el clima de apasionado frenesí de la carrera. Muchos de ellos, en estos momentos, se olvidaban de todo y de

todos, para concentrar sus energías y pensamientos en la propia prueba.

Pero ciertamente, no todos se hallaban en ese caso. No todos olvidaban ni pensaban en competir lealmente.

Algunos pensaban en una victoria a cualquier precio y bajo cualquier condición. Otros, pensaban en sus propios objetivos, tratando de conseguirlos a través del rally.

Y los había, incluso, que pensaban en matar…

* * *

Matar.

Ese era su frío y deliberado objetivo. Cada vez se sentía más cerca de él, más próximo a la soñada oportunidad de venganza.

Helmut Adler se esforzó por ver algo, a través de la espesa nube de polvo arenoso que se alzaba en el desierto, delante de su Opel. Las ruedas salvaban a cosía de grandes zarandeos las desigualdades del terreno, incómodo y difícil, especialmente bajo aquel sol que parecía desprender su luz deslumbrante en forma de plomo derretido sobre los vehículos y sus participantes.

A pesar de la velocidad, la carrocería de cada coche era un homo, y dentro se hada irrespirable el aire caliente mezclado con la arenisca, cuyo sabor chirriante se podía percibir incluso en el paladar, pese a los pañuelos con que muchos pilotos cubrían sus rostros al atravesar las nubes de arena levantadas por otros vehículos precedentes.

Helmut había visto poco antes la carrocería azul cobalto del Mercedes Benz de su adversario. No podía estar muy lejos, allá ante él. Unas dunas del desierto lo ocultaban ahora a la vista, más allá de las palmeras agrupadas no lejos de un pozo y unas casuchas morunas formando un diminuto villorrio perdido en la llanura de arena dorada.

Dispuso el rifle sobre sus rodillas. Ahora se encontraba, pensó, en un momento excelente para intentarlo. Miró atrás por el retrovisor. Sonrió complacido. Ningún vehículo le seguía de cerca. La jomada era dura, especialmente por ser una de las primeras tras el relativamente cómodo recorrido en las rutas francesas, y las distancias entre los competidores se iban marcando de modo cada vez más acentuado. Helmut Adler sabía que eso no quería decir nada, de cara al éxito final, porque lo importante era mantenerse, sobrevivir a las duras condiciones de cada etapa.

Pero a él la carrera le tenía sin cuidado. No esperaba ganarla, ni

siquiera lo deseaba. Sabía que, de haber ocupado Gunther su puesto, de haber estado ahora él al volante, sí hubiesen existido posibilidades de que un Adler ganara la prueba. Pero en su caso eso era secundario. No contaba el rally, sino la oportunidad de tener ante sí, en un momento dado, al hombre responsable de todo.

Y en ese momento, ajustar las cuentas para siempre.

—Tengo que darle alcance —murmuró entre dientes—. Ahora ni siquiera el helicóptero de la organización sobrevuela esta zona…

Era cierto. El vehículo aéreo del organizador, siempre vigilante de que las condiciones de la carrera se cumpliesen limpiamente, así como cuidando de prever o, cuando menos, de resolver, los problemas y conflictos de los pilotos, no se veía sobrevolando aquel punto de la ruta, con su blanco fuselaje recortándose en el azul. Adler dejó atrás a un grupo de beduinos, que contemplaron el paso del coche numerado con aire ausente y escéptico, llevando a un dromedario tras de sí, sujeto por las riendas, y dejó atrás las edificaciones y el pozo rodeado de palmeras. Las dunas comenzaron a dificultar su marcha, obligándole a hundir los neumáticos en la arena, y remontar trabajosamente, con el motor resoplando muy forzado, los ondulados repechos de dorada superficie. El polvo formó nubarrones entre sus ruedas y guardabarros, cegándole casi por completo. Descendió una de aquellas dunas dando tumbos, a punto de empotrar el morro del Opel en la arena.

Y vio al Mercedes ante él.

Estaba parado. Inmóvil en medio del desierto. Una sonrisa fría, helada casi, se dibujó en los labios del conductor del Opel. Helmut Adler veía al fin cumplido su deseo. Allí estaba él.

Pudo ver a Franz Kraff nítidamente. Inclinado sobre el motor, que humeaba bajo el sol, con algún problema mecánico por resolver. Los ojos azules de Adler miraron en torno. Estando acompañado, no podía disparar sobre él a la buena de Dios. Era preciso hacer las cosas inteligentemente. Su idea no consistía en matar también a un inocente. El compañero de Kraff no debía de sufrir daño alguno. Pero era un testigo, y podía identificarle sin problemas, a causa del coche y el número de inscripción.

Helmut había pensado en todo eso. Pasaría de largo con su vehículo, y una vez tras las siguientes dunas, se detendría lo preciso para apretar el gatillo. El suyo era un rifle potente, de alta precisión, dotado de mira telescópica. No habría problemas para acertar al piloto, y menos si ofrecía tan buen blanco.

En aquellas regiones había muchos beduinos, guerrilleros y gente armada, a causa de los problemas políticos del Norte de Africa. Sería fácil inculpar a cualquiera de los naturales de Argelia de un crimen que ningún participante, en buena lógica, se podía pensar que hubiese cometido. Y en el peor de los casos, si alguna vez era descubierto, no le importaría pagar por eso. Pero Gunther estaría al fin vengado.

Redujo velocidad al pasar cerca del coche de Kraff. El pañuelo al rostro y la arena acumulada en cabello, gorra y rostro, disfrazaban sobradamente sus facciones. Se parecía mucho a su difunto hermano, y Kraff no podía advertir ahora esa semejanza familiar. A él, casi no le conocía.

—¿Problemas, amigo? —preguntó en alemán.

—Alguno —sonrió el hombre alto, delgado, de cabello dorado oscuro, inclinado sobre el motor—. Pero no se preocupe. Siga adelante. Es cosa de poco tiempo. Nos veremos más tarde en la meta de esta etapa, esté seguro, amigo. Buen viaje.

Le agitó una mano manchada de grasa, cordialmente. Incluso parecía simpático, pensó con profundo odio Helmut, acariciando el rifle sobre sus piernas, sin que el otro se diera cuenta.

—Está bien —dijo—. Adiós. Y suerte.

—La tendré, seguro —dijo Kraff, confiado—. Con mi esposa al lado, nunca me faltó, amigo.

Y sonrió a su compañero de viaje, que ahora giraba la cabeza, dirigiendo también una sonrisa de saludo a Helmut.

Este partió, levantando una nube de polvo dorado con su coche. De repente se había quedado frío.

Había visto un rostro jovial y rubio, de mujer saludable y decidida, vestida con ropas de hombre, pero tremendamente femenina de figura y de facciones. Era casi hermosa, de dulce expresión.

La esposa de Kraff. No era un simple camarada de aventura deportiva, sino su mujer. De repente, la seguridad de Helmut Adler en un inmediato acto criminal, habíase resquebrajado.

Dejarla sola en medio del desierto… Con el cadáver de su marido, con el coche averiado… Posiblemente ningún otro coche tomara esta ruta, puesto que en el desierto no había carreteras ni caminos trazados, y lo importante era cruzarlo con sentido de la orientación, intentando hallar el trazado más corto entre el punto de partida y el de llegada. Helmut sabía que a veces, había muerto gente, perdida en el desierto, a causa de un error en la ruta, sin ser hallada a tiempo por los equipos de

rescate de la organización y del país donde tuvo lugar el extravío. Eso, en un rally con éste, era un riesgo demasiado fácil de correr. Pero condenar premeditadamente a una mujer, inocente de todo aquello, por añadidura, a una muerte tan atroz, era demasiado.

—No puedo hacerlo —jadeó, iracundo, tirando con rabia su rifle al asiento posterior—. ¡No puedo hacerlo *ahora*!

Y sin mirar atrás, pisó el acelerador, lanzándose como un bólido sobre la arena, en medio de una nube densa de polvo caliginoso.

* * *

Los niños árabes rodeaban con infantil entusiasmo y curiosidad los vehículos polvorientos, de carrocería abrasadora por efectos del sol, que llenaban la explanada, ante los edificios de la población.

Estaban en Ouled Kjellal, meta de aquella etapa dura y difícil, pero que sólo marcaba el inicio de unas dificultades que irían en aumento a medida que avanzaran tierra adentro. Los organizadores se estaban ocupando de la asistencia sanitaria a algunos pilotos heridos, en su mayoría motoristas, los más sufridos héroes de la ruta.

Se sabía ya de algunas bajas entre los participantes. Una motocicleta pasó, hecha trizas, por delante del resto de participantes en motocicletas, que miraron sombríamente lo que habla quedado de una flamante Yamaha. Sabían que el piloto, con fuerte conmoción cerebral, había sido evacuado en helicóptero a Argel. Para él, en el mejor de los casos, el rally había terminado.

Un *jeep* italiano había sufrido un incendio en el desierto, pero por fortuna sus ocupantes estaban sanos y salvos, solamente con algunas quemaduras en sus brazos y piernas. El rally empezaba a cobrarse sus primeras víctimas. Todos sabían, en el fondo de su ser, que también habría muertos, irremediablemente. Los había siempre.

Alain Normand repartía viandas con la joven americana, en un tranquilo rincón, entre árboles y chozas nómadas, mientras la noche empezaba a caer rápidamente sobre el paisaje africano, haciendo descender notablemente la temperatura.

—Si no llega a ser por ti, me pierdo en aquel punto del desierto —decía la muchacha, sonriente—. Estuviste muy oportuno volviendo atrás para guiarme, Alain.

—Sospeché que podía ocurrirte algo parecido —dijo Normand, encogiéndose de hombros, mientras abría una lata de carne—. Te vi un

poco indecisa sobre la ruta a seguir.

—Así era. Confundí el trazado en mi mapa, y me iba hacia el oeste. Debe ser muy peligroso extraviarse en este país, ¿no?

—Como en todo Africa. Imagina si te pierdes en tu patria, en el Valle de la Muerte o en el desierto de Mojave. Todo desierto es peligroso para un viajero perdido, aunque todavía estamos en regiones bastante pobladas por beduinos y nómadas. Lo más arriesgado será en Mali, y en el sur de Argelia, donde los desiertos son interminables y los pueblos escasean, a mucha distancia uno de otro. Allí, perderse puede ser mortal.

—Es horrible… —se estremeció Judy Gardner, mirándole asustada.

—Yo que tú, cuando no estuviese segura, me pegaría a otro motorista que viese más convencido de la ruta que sigue.

—¿Tú, por ejemplo? —rió la joven americana.

—¿Por qué no? —también se echó a reír él, de buen humor—. Formarías una compañía muy agradable durante el viaje. Pero corres el riesgo de entrar demasiado tarde en Dakar. Te aseguro que disto mucho de ser un gran piloto.

—Yo creo que lo haces muy bien —ponderó ella con voz suave. De pronto vio algo, a espaldas de Alain, y lanzó una exclamación alegre—. ¡Oh, mira a mí amiga! Es aquella…

Giró Alain la cabeza. Una muchacha de bonito rostro y pelo castaño, vestida enteramente de cuero blanco, con un distintivo deportivo sobre su desarrollado busto, marcado por el material de su prenda, se quitaba el casco, también blanco, agitando su melena para desprender de ella partículas de molesta arena, pegada a una motocicleta liviana que reposaba apoyada en una tapia de adobes.

—¿La inglesa de quien me hablaste?

—La misma. ¡Eh, Nancy, ven aquí!

La joven giró la cabeza. Identificó a su amiga, y echó a andar hacia ellos con paso firme. Alain observó que era una joven muy llamativa. No sólo a causa de sus pechos agresivos, sino por sus acentuadas caderas y sus firmes muslos, a los que se ceñía endiabladamente el blanco cuero. Personalmente, le gustaba más la suave belleza de la americana, pero tuvo que reconocer que las miradas de los hombres se dirigirían invariablemente a tan seductora figura femenina.

—Hola, Judy —saludó la inglesa, mirando críticamente al joven inspector de seguros— Te veo muy bien acompañada…

—Es el amigo de quien te hablé, el joven del barco.

—Oh, ya veo —sonrió la otra—. El caballero andante, ¿no?

—Me llamo Alain. Alain Normand —se presentó risueño él, tendiendo su mano a la otra—. Y no creo parecerme en nada a Sir Lancelot.

—Bueno, la verdad es que nunca tuve ocasión de conocer a Sir Lancelot ni siquiera al Rey Arturo —rió la muchacha de blanco, estrechando su mano con cordialidad—. Nancy Baker es mi nombre, Alain. Me alegra conocerte. Veo que formas parte del ejército de los héroes de este rally: los motoristas, humildes y esforzados.

—Algo así. Mientras pueda seguir adelante…

—Eso nos pasa a todos —suspiró Nancy—. No todos tenemos la suerte de ser famosos y ricos. ¿Habéis visto ese deportivo rojo que corre la prueba?

—¿Un bólido que siempre deja a todos atrás? —indagó Judy. Y al asentir la inglesa, suspiró con un movimiento de cabeza—. Lo he visto y no lo he visto. Es una centella.

—Lleva dos pilotos de excepción. Una millonaria londinense y un actor de Hollywood. —Oh, ahora recuerdo. Clifford Sheena —dijo Judy —. Es un pretencioso inaguantable.

—Igual que su coche y que mi compatriota, la que le acompaña. Ya hay varias quejas contra él en la organización.

—Sospecho que su flamante bólido va a servirle de poco cuando estemos adentrados en Africa —sentenció Alain—, A lo mejor se atasca y no puede seguir adelante.

—Sería el justo castigo a su presunción —admitió Nancy, riendo. Luego fijó su mirada en alguien que se movía entre las motos, con un bloc y un bolígrafo en sus manos—.Os dejo, chicos —informó escuetamente—. Veo a alguien que me interesa. Es otro motorista, como nosotros. Un chico inglés. Lo he visto ya dos veces y me gusta. Voy a intentar la táctica de aproximación.

Les guiñó un ojo y se alejó, moviendo rítmicamente sus bellas nalgas, ceñidas por el blanco cuero. Alain sonrió, volviéndose a Judy.

—Tu amiga no se anda con rodeos cuando algo le interesa —comentó.

—Oh, ella es así —rió la americana—. Una gran chica. Pero los hombres la vuelven loca. Esta vez parece tener buen gusto. Ese chico es guapo.

—Y naturalmente, inglés —bromeó Alain—. El patriotismo cuenta mucho en esos casos.

Rieron ambos de buena gana, mientras la inglesa del blanco mono de cuero se acercaba al joven motorista que tomaba apuntes en un bloc. Le preguntó, suave, insinuante su voz:

—¿Escribiendo tus memorias?

El alzó la cabeza y la miró. No pudo evitar un gesto de sorpresa y agrado al fijarse en las formas que remarcaba el blanco cuero. Meneó la cabeza.

—No. Sólo apuntes —sonrió—. Soy periodista.

—Oh, entiendo. Viajas en esto para hacer un reportaje, ¿no?

—Sólo en parte. ¿Eres inglesa?

—De Liverpool. Me llamo Nancy. ¿Y tú?

—De Londres. Peter Graham.

—Ya. ¿Te va bien hasta ahora en esto?

—No me puedo quejar. He llegado hasta aquí —rió Peter.

—Sí, creo que es bastante por ahora —convino ella, risueña—, ¿Por qué viajas en moto? Creí que un periodista lo haría en mejores condiciones…

—Desde una moto se vive más intensamente esa prueba. Me gusta así.

—A mí también. ¿Tomamos algo por ahí, antes de dedicarnos al descanso?

—Bueno. He visto abierto un local moruno de esos donde sirven té y bailan danzas nativas. ¿Te parece bien?

—Si no hay un *pub*… —ella se encogió de hombros—. Vamos allá, Peter. Siempre pensé que sería apasionante la charla de un periodista.

—Quizá te defraude. Mientras el té y la danza estén bien…

* * *

Alain despertó. Giró la cabeza. Su sueño era muy ligero ahora. En cambio, la chica dormía profundamente. Estaban juntos los dos en el mismo saco de dormir. Había sucedido así, sin apenas pretenderlo ninguno de ellos. Eran jóvenes, la noche africana era tibia y estrellada, las palmeras y los edificios morunos tenían un hechizo especial… y había ocurrido.

Tiró de la cremallera suavemente. Salió del saco, sin rozar a su compañera, semidesnuda bajo el mismo. Lo cerró de nuevo. Judy emitió un suspiro, moviéndose ligeramente en su lecho sobre la arena. Luego, siguió durmiendo.

Normand sonrió, le tiró un beso con la punta de los dedos, y se alejó, agazapado, hacia donde viera poco antes a la pareja formada por el tipo que atacó a la americana en el barco, y René Van Dyke, el socio del asesinado Duprez.

Llegó cerca de ellos. Sus motocicletas se apoyaban la una en la otra. Dormían en sendos sacos de dormir, no muy distantes uno de otro. Les observó atentamente. Miró en torno. El resto de participantes motoristas dormía profundamente.

El reposo era necesario para afrontar la siguiente etapa. Y todos estaban muy cansados, demasiado para permanecer despiertos.

Actuó con rapidez, acercándose a las motos. Comenzó el registro por la mayor de ambas, la de Van Dyke. Era una potente máquina de gran cilindrada, cargada con una bolsa de piel muy pesada. Aunque no confiaba gran cosa en esa búsqueda tan simple, la registró a fondo. No encontró otra cosa que mapas, planos de la ruta, víveres y una botella plana de brandy, así como diversos útiles personales. Detrás del sillón, otro envoltorio en el que faltaba el saco de dormir, le reveló la presencia de algunas prendas de ropa, calzado de repuesto y piezas de la moto para un cambio rápido en caso de avería. Ni remotamente había nada que pudiera contener el lienzo robado. Palpó entre la tela y los objetos más adecuados para una cosa así, sin hallar rastro alguno. El sillín resultó ser una pieza intacta, donde no era fácil que estuviera oculto el cuadro tampoco.

Pasó a la otra máquina, de menor cubicaje, liviana y de marca japonesa, como la mayoría de las que corrían aquella prueba. Su examen fue más breve, puesto que llevaba escaso equipaje consigo.

La claridad en aquella zona era difusa, a causa de lo lejanas que estaban las luces encendidas por los vehículos de mayor tonelaje, como camiones participantes o coches cisterna de la organización, que sostenían algunas lámparas eléctricas para alumbrar el campamento. También en algunos puntos, se habían encendidos pequeñas fogatas para combatir el seco y frío relente de la noche del desierto.

Alain, sólo alumbrado débilmente por las estrellas, era como una sombra, moviéndose cautelosamente entre las máquinas inmóviles. Aún así, actuaba con la mayor prudencia para no ser advertido. Sorprenderle en tal trance, no sólo implicaría su descalificación definitiva en la prueba, sino también la pérdida de cualquier posibilidad de seguir vigilando a sus presas.

Terminó la tarea en la segunda motocicleta sin resultado alguno.

Comenzó a volverse. Y en ese momento, la sombra amenazadora surgió ante él.

Una barra de hierro se alzó sobre su cabeza. Una voz bronca masculló algo entre dientes, en francés:

—¡Sucio bastardo ladrón, voy a romperte la crisma!

—bramó el agresor, descargando la barra metálica contra la cabeza de Normand.

El inspector de seguros actuó con agilidad y rapidez de reflejos. De otro modo, hubiera perdido la vida allí mismo, masacrado por el adversario, en quien identificó la áspera entonación de René Van Dyke, el socio de Duprez.

La barra silbó junto a él, alcanzando de refilón su hombro. Notó un impacto doloroso en la clavícula, y tuvo que morderse los labios para no gritar, cuidando de mantener bajada la cabeza para no dar a ver su rostro. Notó que el brazo izquierdo, donde recibiera el golpe, le era imposible moverlo.

En ese punto, también despertó Charot, incorporándose con un grito agudo:

—¿Qué diablos ocurre, René?

—¡Un sucio ladronzuelo hurgando nuestras motos, Philippe! —rugió Van Dyke con ira, buscando otra vez la cabeza de Alain con el contundente instrumento, a la vez que el joven Charot se dirigía con rapidez hacia ellos, para evitar la evasión del intruso.

Alain comprendió que las cosas empezaban a ponerse feas. Tenía que luchar contra dos hombres fuertes, y él tenía un brazo casi inútil, a causa del agudo dolor de su hombro. Además, si se alarmaba a todo el campamento, no tendría posibilidad alguna de evasión.

De modo que decidió jugarse el todo por el todo para no ser vencido y desenmascarado ante todos. Disparó su diestra contundentemente, cuando Van Dyke intentaba golpearle otra vez.

El puño se hundió en el hígado del otro. Van Dyke resopló, buscando aire, y se dobló a causa del dolor. Alain aprovechó el momento para meterle la rodilla en el mentón, secamente, y derribarlo de espaldas contra las motos, que se volcaron estrepitosamente alcanzando a Charot, que corría hacia ellos, y arrojándole asimismo al suelo con una imprecación.

—¡Al ladrón, al ladrón! —chilló éste, forcejeando por quitarse de encima las dos máquinas, que aprisionaban sus piernas.

Alain Normand echó a correr, agazapado en la oscuridad, entre

docenas de máquinas paradas, mientras numerosos corredores se incorporaban ya, para buscar al merodeador.

Pronto alcanzó, jadeante, el saco de dormir donde dejara a Judy. Esta le miró fijamente mientras el joven se metía con rapidez en el saco, cerrando la cremallera. Notó contra su camisa el contacto cálido del cuerpo femenino, la dureza juvenil de los senos desnudos, apretando su tórax.

La americana no dijo nada en principio. Las voces de «¡al ladrón, al ladrón!», recorrían ya el campamento. Alain respiró hondo. Miró en la penumbra a su compañera de lecho. Las estrellas se reflejaban en sus pupilas abiertas, acusadoras.

—Sí —musitó—. Me buscan a mí, Judy.

—Lo suponía. ¿Eres realmente un ladrón?

—No. Es mucho más complicado que eso. Una oscura historia, Judy. No es lo que parece, créeme. Pero importa mucho que nadie sepa que era yo el merodeador. ¿Vas a delatarme a los demás?

—Debería hacerlo. Tu explicación no es muy concreta.

—Lo sé. Haz lo que te dicte tu conciencia. Pero te prometo que soy un hombre honrado, Judy, aunque no lo parezca esta noche.

—¿No puedes contarme nada más?

—De momento, nada más. Es confidencial, lo siento. No estás obligada a creerme.

Las manos de ella le alcanzaron, dentro del saco de dormir doble. Los brazos rodearon su cuerpo. Tenía una piel suave y sedosa. Alain notó un escalofrío de placer.

—Te creo —susurró la joven americana—. No temas.

Le besó. Y él a ella. Poco después, los dos cuerpos se fundían en uno solo.

Capítulo V

—MALDITA sea, no me gustó nada lo de anoche.

—¿Por qué? —Charot se volvió a Van Dyke, curioso—. No nos robaron nada, ¿No?

—No, claro. Pero ¿por qué merodeaban precisamente en nuestras máquinas, Philippe?

—No sé, René —el joven Charot se encogió de hombros—. Pudo ser cualquier otra.

—Sí, pero fueron las nuestras —insistió Van Dyke, irritado, paseando con el casco en su mano, momentos antes de la partida hacia la nueva etapa, rumbo a Touggout y Guerrara, ya en el interior de Argelia, y en ruta hacia la gran zona desértica del sur del país.

—¿Eso te inquieta? —arrugó el ceño Charot.

—Claro. ¿Es que no lo entiendes? —farfulló el financiero, parándose en seco.

—¿Qué es lo que tengo que entender?

—Oh, por favor, no seas necio, Philippe. Recuerda lo sucedido en París… Duprez y todo eso.

—¿Qué tiene que ver ahora esto con tu antiguo socio asesinado? —se extrañó Charot.

—Quizás nada. O tal vez mucho. Hay un cuadro que no ha aparecido. Vale millones. La policía puede estar vigilándonos de cerca, incluso aquí, sospechando que uno de nosotros tenga la preciada obra de arte, botín de un crimen.

—Oye, a mí no me metas en esos líos. Yo apenas tenía relación con tu socio. En un tiempo admito que fui asiduo de la casa de los Duprez, pero mi afición a ser amable con la señora Duprez resultó molesta para

tu socio y me echó de sus reuniones con muy escasa diplomacia.

—De todos modos, fuiste culpable de ellos. Entre tus amabilidades con Yvonne Duprez, yo vi en una ocasión que se contaba acariciarle ciertos puntos de su anatomía, sin que ella se quejara demasiado…

—Bueno, fuese lo que fuese, Duprez me echó de allí. ¿Cómo hubiera podido llegar hasta él, nada menos que en su propio santuario privado, donde guardaba el cuadro?

—No lo sé. Aquella noche, él tuvo una cita con alguien en la casa, antes de la fiesta que daba a sus invitados habituales. Y yo no era el hombre que fue a esa cita.

—Eso es lo que tú dices —gruñó Van Dyke, poniéndose el casco al ver elevarse ya en el cielo el helicóptero del organizador del rally, presto a dar la salida—. Nadie me asegura que no fuese así. A veces, Duprez tenía cosas raras.

—¿Qué estás insinuando? —se engalló Charot, montando a horcajadas en su máquina y cerrando la cremallera de su mono—. Yo no soy un homosexual…

—Pero Duprez sí podía serlo, llegado el caso —replicó secamente Van Dyke, imitando a su compañero—. Y tú no haces asco a nada, si hay dinero por medio, Philippe, vamos a ser sinceros. Te conozco bien, ¿no?

—Vete al infierno. ¿Por qué no mencionas a LeCocq? Ese hampón sí pudo matarle.

—Ya lo he pensado. Es más, viaja en este rally, como nosotros, con su amiguita Colette como *co-equipier*. Puede que el lienzo viaje en ese coche. Pero el ladrón de anoche buscaba en nuestras motos. Y si era un policía es que tú y yo estamos en la lista de sospechosos, no te quepa duda. Era *tu* moto la que acababa de registrar cuando le sorprendí. Maldita sea, si al menos le hubiera visto la cara… Podía ser cualquiera de los muchos motoristas que participan en esta prueba. Porque era uno de este campamento eso seguro…

—Deja de hablar de eso ahora —se encogió de hombros el joven Charot—, Me tiene sin cuidado quien fuese, porque no entro ni salgo en los asuntos de Duprez y su muerte. Vamos a salir de un momento a otro. Y la etapa de hoy es sumamente dura.

Van Dyke asintió, con ceño fruncido, sin pronunciar palabra. Los dos hombres dirigieron sus máquinas hacia el punto de salida, sin volver a cambiar impresiones sobre el suceso de la noche anterior.

Algo más allá, en la zona donde se alineaban los coches a punto de

partir, Marcel LeCocq y Colette Renard seguían con mirada atenta, tras sus gafas de cristales espejeantes, los movimientos de ambos motoristas.

—Ahí van —comentó el *gángster* brevemente—. Parecen preocupados.

Colette rió entre dientes, asintiendo. Parecía divertida por la expresión que vislumbraba en los rostros de los dos hombres.

—Lo de anoche ha debido inquietarles mucho —comentó ella.

—A mí también me inquieta —confesó LeCocq, apoyado en el volante.

—¿A ti? ¿Por qué? —se extrañó ella, mirándole pensativa.

—Bueno, ya sabes lo que ocurre. No tengo muy buenos antecedentes. Si hay alguien en este rally que les vigila de cerca y registra sus bultos… ¿qué puedo pensar yo?

—¿Crees que nos espía alguien? —Colette miró en torno, alarmada, como si cada conductor, pudiera ser ese vigilante.

—Es lo más probable. Recuerda que yo era amigo de Duprez. Y pude matarle…

—Marcel, ¿de veras no llevas el cuadro contigo, en este coche? —temió ella de repente, inquieta.

El Búho soltó una suave carcajada, aunque su rostro seguía mostrando una sombra de honda preocupación.

—No digas tonterías —murmuró—. Sería dueño de diez millones, en tal caso.

—Y de una celda de por vida, seguramente también —le replicó ella.

Sin pronunciar palabra, LeCocq condujo hacia la línea de partida. Colette se mordió el labio y permaneció silenciosa, incluso hasta darles la salida. Partieron, a toda velocidad, emprendiendo una nueva etapa de aquel infernal viaje.

Nuevamente las extensiones desérticas, la arena, las dunas, el sol y el calor árido y seco, el clima calcinante, la luz cegadora, como adversarios a batir, en el rodar constante, levantando oleadas de polvo dorado, sintiendo la embriaguez del peligro, la piel sucia de grasa, de gasolina, de arena, de todo lo que formaba aquel ambiente único y excitante.

El terreno, a medida que se adentraban en el inmenso Sahara, se convertía en más y más llano, pero también a veces ofrecía la traicionera variante de peladas rocas o enormes dunas por las que un vehículo podía precipitarse en mortal zambullida, sin posibilidad de defensa para la vida del conductor.

Peter Graham sonrió a su nueva amiga, la inglesita Nancy Baker, que rodaba con su máquina cerca de él. Vieron pasar, no lejos de ellos, con alguna dificultad en el motor, pero rodando firmemente, al *jeep* Mercedes que conducía un famoso piloto de Fórmula 1, Jackie Ickx.[3] El gran automovilista les sonrió, agitando cordialmente una mano, cuando ellos le rebasaron. Ambos ingleses respondieron al saludo, mientras el campeón luchaba con los problemas de su motor. Cosa de media hora más tarde, Ickx les rebasaba sin dificultades, ya salvada la contingencia, haciendo sonar su claxon en salutación amistosa, a la que ambos respondieron también.

Un Range-Rover apareció poco después en el camino, volcado sobre una hondonada, tras haber sufrido un vuelco en una duna. El helicóptero ce la organización sobrevolaba aquel punto, reclamando asistencia médica para dos heridos. Graham detuvo en el acto su moto y saltó de ella, para auxiliar a los caídos.

—No, amigo, no hace falta —rechazó amistosamente uno de éstos, sujetando su pierna ensangrentada—. Estamos relativamente bien. Ya viene ayuda, sigan ustedes.

Graham miró. Otro helicóptero de la Cruz Roja se acercaba por el cielo sin nubes. Les hizo un gesto a los heridos, y prosiguió viaje, junto a Nancy. La ruta era una interminable hilera de vehículos, allí donde los más rápidos iban dando alcance, para luego rebasar, a los que corrían menos. Pero a medida que avanzaba la etapa, hallar algún coche o moto participante se iba haciendo más difícil por momentos, y ya los encuentros de participantes eran mucho más aislados.

—Estoy deseando llegar a las regiones de selva y agua del Malí y de Senegal —dijo gravemente Graham—. Tanta arena y tanto calor empiezan a enfurecerme.

—¿Ya quién no? —suspiró Nancy, por encima del ruido de los motores—. Aún queda un buen trecho para eso, Peter.

Y era cierto. Aún faltaba mucho para dejar atrás el infierno del desierto. Pronto iban a saber la dura contribución que éste se tomaría de los participantes en el gran rally, a lo largo de las durísimas etapas por cubrir día a día.

Niños atropellados por los vehículos, al cruzarse nativos delante de ellos, accidentes con heridos graves e incluso muertos, coches incendiados, motocicletas calcinadas por el fuego, tras estrellarse contra algún accidente del terreno, comenzaron a jalonar la ruta paulatinamente, dejando fuera de combate a muchos competidores.

Menos de la mitad serían los que llegarían indemnes a Malí, después de cruzar el Sahara. Personas como el propio hijo de la premier británica, Margaret Thatcher, se extraviarían en la arena, salvando milagrosamente la vida, gracias, entre otras cosas, a la previsión de los organizadores, que contra el deseo de muchos de los inscritos, exigía llevar en cada equipo, de forma obligatoria, quince tipos distintos de medicamentos, bengalas de auxilio, cinco litros de agua y alimentos concentrados para sobrevivir tres días.

Estas exigencias, criticadas por muchos en principio, contribuirían luego a salvar varias vidas humanas.

Así, por fin, avistaron un día el río Niger, cerca de Gao, Malí. Debían cruzarlo en remolcadores, con sus vehículos, para proseguir el viaje al otro lado del curso de agua lenta y pacífica que se extendía ante ellos, como promesa de tierras más fértiles y abundantes en vegetación, aunque no por ello menos duras.

Y justamente, el día en que se aproximaban los vehículos al Niger, bajo un sol de fuego, ocurrieron algunas cosas importantes en relación con algunos de los corredores de la prueba…

Cosas en las que la Vida y la Muerte tenían parte activa. Muy activa…

* * *

Esta vez, sí.

Helmut Adler sabía que había llegado su hora. Al fin.

Hacía escasos minutos que un helicóptero de la Cruz Roja había evacuado a uno de los pilotos de aquel Mercedes poderoso y sólido, de carrocería azul cobalto.

Ello sucedió tras el accidente infortunado, en los límites de Malí. Antes de que la etapa terminase en Gao y los vehículos tuvieran que ser embarcados en los remolcadores que cruzaban el río, el terreno había sufrido una brusca alteración.

Peñascos, yermos áridos y duros, alternaban con oasis y extensiones de vegetación donde se hallaban abundantes charcos y regueros de un agua sucia, fangosa, casi siempre maloliente, que todo lo más que servía era para remojar los pies, recalentados y fatigados por la larga marcha.

Un estúpido error de alguien, provocó lo que pudo ser un desastre auténtico. Por suerte, en medio de la desgracia, todo se limitó a un accidente que pudo haber revestido mucha mayor gravedad.

Un Visa-Citroën se salió de ruta violentamente, al tratar de evitar a un grupo de niños negros que cruzaban el paso del vehículo con temeraria indiferencia hacia los monstruos de metal. Uno de los niños, pese a todo, fue arrollado por el vehículo y lanzado a una charca que pronto tiñó de rojo sus aguas pestilentes y turbias. El conductor del Citroën intentó evitar que su coche rodara inclinado hacia la derecha, sobre solamente dos ruedas, tras rebotar en unos peñascos afilados, reventando una de sus ruedas. Iba a considerable velocidad y no pudo hacer nada por evitar el impacto contra dos palmeras inclinadas. El coche se incendió de inmediato, su conductor saltó fuera del mismo, con sus ropas livianas envueltas en llamas, mientras sus compañeros lo intentaba también en vano, quedando aprisionado dentro del vehículo. Cuando éste reventó, en medio de una bola de fuego espantosa, aún permanecía dentro el infortunado co-piloto, que pereció en el acto. Un helicóptero militar argelino, que estaba a punto de regresar cuando los coches del rally cruzaran la divisoria con Mail, volvió de inmediato, mientras su piloto informaba a la organización de la carrera por radio.

En ese preciso momento, el Mercedes de Franz Kraff había aparecido en la ruta, siguiendo velozmente la misma dirección que el Citroën siniestrado. Cuando se dio cuenta del accidente, era tarde y su velocidad excesiva en esos momentos.

El coche intentó virar, eludir el impacto con el coche en llamas, tras los peñascos que acababa de rebasar en cerrada curva, a más de cien kilómetros a la hora, aprovechando el terreno llano y duro.

Fue realmente terrible. Pudo haber significado nuevas muertes en el trágico suceso. Pero Kraff era un experto, un coloso del volante. Evitó el choque frontal, desvió su vehículo lo preciso, salvó el charco con el niño negro agonizando en un baño de sangre, evitó el impacto casi inevitable con las palmeras, y al fin, tras patinar en la dura roca lisa, fue a hundirse de morro en una zanja profunda.

Hubo un áspero crujido de metal retorcido, pero el Mercedes quedó intacto, salvo en las abolladuras y destrozos de sus faros y guardabarros delanteros. Kraff se mantuvo al volante, sufriendo algunos cortes.

Su mujer, sin embargo, se golpeó contra el parabrisas, éste se agrietó, astillándose, y la sangre brotó de la frente de la infortunada mujer.

En principio parecía lo peor, pero cuando fue asistida se comprobó que sólo sufría una leve conmoción y algunas heridas superficiales en la frente, rostro y cuero cabelludo.

Cuando las asistencias llegaron al lugar del accidente, la señora Kraff fue evacuada de inmediato. Un comisario de carrera, interpeló al alemán:

—¿Se retira de la prueba? Su coche sufre desperfectos… y su esposa deberá ser hospitalizada en la ciudad más próxima…

—Aún quedo yo en pie —dijo Kraff serenamente—. Y el coche puede salir de ahí y correr. Seguiré.

—Pero usted solo no puede…

—Yo solo puedo hacerlo —afirmó fríamente el corredor—, Y si no es así, me retiraré. Pero no ahora, señores.

Estaba en su derecho. El coche podía continuar. Su mujer fue retirada en helicóptero. El rostro de Kraff ni se inmutó. Bajó a la zanja y reparó los daños causados en su vehículo. Logró sacarlo de donde había caldo. Siguió viaje, con grandes destrozos en su parte delantera, y abolladuras abundantes en el resto de la carrocería.

Pero continuó.

Helmut Adler llegó al punto del suceso poco más tarde. Supo lo ocurrido y contempló los restos calcinados del Visa— Citroën, así como el cadáver del pobre niño malí, conducido entre llantos familiares a la cercana población de Tessalit.

Supo que Franz Kraff, el gran campeón de rallies, seguía carrera. Y que no distaba mucho de él, a bordo de un coche con desperfectos importantes.

Aceleró la marcha, con expresión endurecida. Pasó una zona pantanosa, cubierta de vegetación. Unos cocodrilos se deslizaron hacia las aguas fangonosas de un afluente del Niger, desapareciendo en ellas cuando pasó muy cerca, hundiendo las ruedas en el barro. En el mismo donde, nítidas, se veían impresas las huellas de los neumáticos de Kraff. Le alcanzó a cosa de una hora de la ribera del rio, en una zona desolada y triste.

El Mercedes había vuelto a sufrir algún desperfecto. Estaba parado. Kraff reparaba con febril actividad algo en el guardabarros y neumático delanteros a la derecha.

Frenó. Estudió a distancia coche y conductor. Tomó lentamente su rifle. Kraff alzó la cabeza. Por un momento, Adler pensó que le veía. Inclinó la cabeza, como si tuviera también algún problema con su motor. Kraff volvió a atender el guardabarros. Luego fue hacia el portaequipajes, sin prisas. Se inclinó, buscando algo.

Era perfecto. Le estaba dando la espalda.

Helmut tembló. Sus manos, sin embargo, estaban firmes sujetando el rifle de mira telescópica. Bastaba alzarlo, tomar puntería… y disparar. En pocos segundos, todo estaba hecho.

—Gunther, hermano… —susurró, quitando el seguro al arma—. Vas a ser vengado. Se hará justicia por fin. Por su culpa encontraste la muerte. Por mi culpa la encontrará él. Ajuste de cuentas. Y Dios me perdone, pero sé que así lo desearías tú, hermano mío querido…

Alzó el rifle. El sol hizo guiños relucientes en el arma. Kraff seguía de espaldas a él. Blanco perfecto, sí…

El dedo de Helmut tembló en el gatillo. El arma asomaba por la abierta portezuela de su coche, el punto de mira coincidía con la mitad de la espalda del otro piloto alemán. En la visual telescópica, las dos perpendiculares coincidían justamente en ese punto. Una sola bala atravesaría su corazón y le destrozaría el pecho. Eran proyectiles capaces de abatir a un búfalo o a un león.

El disparo restalló, agrio, en la quietud cálida de la tarde. En el yermo hubo vibraciones, ecos distantes de la detonación. De algunos arbustos, se elevaron pájaros hasta entonces invisibles, emitiendo chirriantes gritos de alarma. Dos saurios corrieron a sumergirse en el arroyo, amedrentados.

Helmut Adler soltó su rifle. Un gesto de enorme estupor contraía su rostro. El dolor asomó a su cara. Se miró, sin entender aún, la mano ensangrentada, los dedos rotos por la bala, el potente fusil caído a sus pies…

Allá enfrente, a alguna distancia, Franz Kraff le daba ahora el rostro. Sus manos esgrimían otro potente rifle. Humeaba. Su bala le había roto los dedos y le arrebató el arma. Ahora estaba en poder de su odiado enemigo. Igual que el difunto Gunther antes de morir, pensó con amargura y rabia.

—No debiste intentarlo, Adler —sonó la fría voz de Franz Kraff. Avanzó hacia él, rifle en ristre, a través del yermo—. Te había reconocido mucho antes. No soy tonto, Ni me fiaba de ti… Ahora parece que los papeles se han cambiado, ¿no?

—Maldito asesino… ¿A qué esperas? —jadeó Helmut, convulso—. ¡Dispara de una vez por todas, y acabemos con nuestra cuenta pendiente!

El otro no respondió. Seguía moviéndose hacia él, implacable, sin prisas, dueño y señor de la situación…

* * *

—Al fin, agua… —resopló Clifford Graham, reduciendo la velocidad de su bólido rojo, al ver surgir ante ellos las orillas del caudaloso Niger—, Esto ya es otra cosa, querida.

Jessica Dicherty asintió, con gesto de alivio, pasando un pañuelo por su rostro brillante a causa del sudor y la grasa. Sus ojos se clavaron en la azul superficie ribereña.

—Ya era hora —murmuró—. El resto puede ser mejor…

—Así sea —deseó fervorosamente el actor, con aspecto fatigado y exhausto, pese a su afán constante por mantenerse deportivamente fresco—. Empezaba a tener pesadillas donde me veía hundido en la arena hasta el cuello, con el sol deshidratando mi cuerpo lenta e implacablemente…

Jessica le miró con cierta decepción en su semblante. A través de aquellas duras jornadas de rally, había conocido una dimensión nueva y distinta del actor de Hollywood, que la gente ignoraba de él. Le había visto casi llorar de miedo, al creer que una vería iba a retenerles en el desierto durante una noche entera, aislados de los demás. Le había descubierto egoísta e insensible, ocupándose sólo de sí mismo y de su persona, sin pensar para nada en ella, en momentos de apuros, como al hundirse con el coche en un riachuelo, al que acudieron prestamente los caimanes, en busca de presa.

De no haber tenido ella la sangre fría suficiente para disparar un revólver sobre los saurios, haciéndoles huir heridos, el actor la hubiera dejado morir en sus fauces sin el menor escrúpulo.

Clifford Sheena era un tremendo egoísta, insolidario y cobarde, un monigote de bello aspecto y vacío contenido. Su arrepentimiento por haber formado pareja con él a lo largo de aquellas fechas azarosas, era muy grande a estas alturas.

—Hemos sido de los primeros en llegar aquí —dijo orgullosamente el «astro» americano, mirando en torno, a los escasos vehículos detenidos ante los embarcaderos del Niger, donde los remolcadores malíes esperaban a trasladar vehículos y vehículos a la otra orilla, para seguir hasta Gao, final de etapa, e inicio de la última escalada del rally, la que debía llevarles a través del Mali y del Senegal, hasta la ciudad costera de Dakar, meta del viaje.

Jessica no le hizo mucho caso. Empezaba a tenerle sin cuidado ganar o no aquella demencial competición. Ni tan siquiera llegar a término le

parecía importante. La aventura no había sido tan apasionante como imaginara en principio. Lo cierto es que, a veces, añoraba a Peter Graham. Y lo malo es que ya le había visto rodar en su moto, acompañado de otra jovencita con bandera británica en su motocicleta, muy unidos los dos.

—Toda la culpa ha sido mía —murmuró—. Cometí un gran error…

—Perdón. ¿Decías algo? —quiso saber Sheena, volviéndose a ella.

—No, no, nada. Pensaba en voz alta, eso es todo, Cliff —dijo con desgana—. Sigue. Estoy deseando tener ese remanso de calma que supondrá cruzar el río sin conducir, sin sentir el olor a gasolina y aceite… y sin el calor que nos ha seguido hasta ahora.

Sheena asintió, reanudando la marcha sin prisas, ladera abajo, hacia la orilla del río, donde ya las grandes barcazas remolcadoras se preparaban a cargar los más pesados vehículos llegados al borde del agua, tras haberlo hecho ya con los camiones-cisternas y los de aprovisionamiento llevados por la organización.

Un claxon alegre les llamó la atención. Giraron la cabeza los dos. Unas motocicletas rápidas pasaron junto a ellos, con la bandera británica ondeando tras el sillón altivamente. Jessica apretó los labios con rabia. El actor palideció, airado.

—¡Otra vez ese chupatintas amigo tuyo! —bramó Sheena—. ¿Es que no puede dejarnos en paz de una maldita vez?

—No conoces bien a Peter Graham —suspiró ella con sarcasmo—. Esto es un asunto personal para él. No cejará hasta burlarse de nosotros en la mismísima meta de Dakar, estoy segura.

—¡Eso nunca! —protestó Sheena—. Hemos tenido algunas dificultades hoy, eso es todo. Aun así, no sé cómo ese tipo pudo alcanzarnos tan deprisa…

—Es un motorista experto. Y lleva una compañera que parece conocer bien el terreno —admitió Jessica con despecho—. Han debido tomar algún atajo que nosotros desconocemos.

—Bueno, eso es puro accidente. Cuando lleguen a Dakar, estaremos hartos de descansar, limpios y aseados —rió Cliff Sheena con aire despectivo.

Jessica le miró dubitativa, se cruzó de brazos y señaló al río.

—Es posible. Pero mientras tanto, ellos ya están ahí, en la orilla. Sus números están siendo anotados por el comisario de carrera con anticipación al nuestro, ¿qué te parece eso?

Sheena juró entre dientes, malhumorado, y aceleró. Su rojo

deportivo llegó a la orilla, situándose en el correspondiente orden para ser embarcado. Ambos salieron del vehículo. Peter Graham y Nancy Baker reían, con sus cascos en la mano, lavándose la cara en el río y comprando fruta fresca a un nativo en un tenderete ambulante. Jessica Docherty entornó sus ojos centelleantes, y desvió la mirada de ellos, dominando difícilmente su ira.

* * *

—Vamos, ¿es que no va a disparar, Kraff?

—Podría haberlo hecho ya, y usted estarla muerto. Mi excusa sería fácil y clara: usted ha intentado asesinarme a sangre fría, Adler.

—Tengo mis motivos para ello. No me arrepiento de nada —dijo hoscamente Helmut, sujetando su mano herida.

—¿Motivos? —repitió Kraff—. ¿Qué motivos?

—Los conoce bien: mi hermano.

—¿Gunther Adler?

—No le mencione. Debe estar removiéndose en su tumba, lleno de odio.

—No diga tonterías. Los muertos no odian ni aman. Están muertos, Adler. Y vale más dejarles en paz para siempre.

—Eso sería muy cómodo para usted, ¿verdad? —rió duramente Helmut—. Sabe que tendrá que matarme si quiere librarse de mí, Kraff. Juré vengar a mí hermano. Y lo cumpliré.

—¿Vengarle de qué? —quiso saber el otro, apoyando su rifle en la capota del coche de Kraff, fijo su cañón en éste, que ahora se hallaba en pie ante él.

—Lo sabe muy bien: de su asesinato.

—¿Asesinato? —el gesto de Kraff fue de estupor—. Su hermano no fue asesinado por nadie. Se mató en un accidente. Eso fue todo.

—¡Accidente provocado por usted en aquel rally, antes de llegar a la meta! —clamó Helmut, furioso—. Tengo una filmación completa del suceso. Usted le hizo salirse de la carretera. Se estrelló sin remedio. Murió con la columna vertebral destrozada, en un hospital de Dakar. Nunca lo he olvidado.

—Yo tampoco, Adler —confesó sordamente Kraff, con el semblante pálido—. Yo tampoco.

—Usted… ¿Es que los remordimientos no le dejan vivir acaso?

—No diga tonterías. Conduzca ahora como pueda y vaya en busca

de los servicios médicos. Si no puede, yo le llevaré. No pienso aprovechar esta ocasión y matarle.

—¡Hágalo o le pesará! —rugió Helmut, en el paroxismo de su ira—. ¡No admito compasiones, no quiero su clemencia! ¡No la tuvo con Gunther entonces, sólo para ganar en la entrada a la meta, recuérdelo!

Kraff miró en silencio a su antagonista. Sonrió tristemente. Luego arrojó su rifle lejos de sí. Se quedó con las manos desnudas delante de Helmut. Este le contempló, sin entender.

—No sé qué filmación obtuvo de aquella carrera —dijo gravemente Kraff—. Hubo un par de ellas incompletas, montadas luego caprichosamente, y que se prestaban a error. Eso fue lo que primero confundió a los jueces. Luego, la organización del rally por un lado, y las autoridades del Senegal por otro, aportaron nuevas filmaciones completas y fieles. Fueron examinadas de forma exhaustiva por los tribunales deportivos y de Justicia. Se probó fehacientemente que no hubo intención, error ni negligencia por mi parte.

—¡Miente! Usted es influyente ante esas gentes. Se pusieron de su lado…

—No sabe lo que dice, Adler. Es penoso que un hombre como usted, buen piloto y persona íntegra hasta ahora, viva bajo esa absurda obsesión que amarga y arruina su vida. Hoy mismo pudo haberse convertido en un asesino… o en un hombre muerto, si yo hubiera sido tan implacable y ciego como usted.

—Vamos, coja ese arma y dispare de una vez. No pido su piedad.

—Ni yo se la concedo. Sencillamente, no soy un asesino —suspiró Kraff—, Y espero que usted tampoco llegue a serlo. Me sentí muy aliviado cuando me declararon totalmente inocente de aquel accidente donde su hermano sufrió heridas mortales.

—Oh, por supuesto —replicó con ácido sarcasmo Adler—. ¿Cómo no iba a sentir alivio ante algo así?

—Usted no me entiende. No entiende nada, Adler. En todo momento, poseía la mejor prueba del mundo para demostrar mi inocencia, pero me dije a mí mismo que jamás la utilizaría, a menos que fuese inevitable para salvar mi integridad personal.

—¿De qué prueba está hablando? Sabe que no existe ninguna…

—¿No? —Kraff sonrió amargamente. Fue hacia su coche—, Espere un momento. Le voy a hacer escuchar algo que, por nada del mundo, hubiese querido hacer público jamás. Pero creo que es mejor que sepa la verdad de una vez por todas, a ver si eso limpia su alma y le salva a

tiempo…

Fue a su Mercedes. Regresó en pocos momentos. Traía consigo un magnetófono portátil. Lo puso sobre la capota del coche Opel, sin que Helmut entendiera nada. Pulsó una tecla. Una voz comenzó a surgir del magnetófono, estremeciendo las más sensibles fibras del hombre que estuvo a punto de ser un asesino:

—«Hola, Franz, amigo mío…» —comenzó esa voz, con un jadeo ronco, hablando lenta y dificultosamente.

Hubo una pausa. Adler estaba tenso. Y muy pálido. Miró a Kraff.

—¿Qué significa? —jadeó—. Es la voz… de *él*. Es *su* voz…

—Sí, Adler. Es la voz de Gunther, su hermano. Escuche y entenderá…

Gunther Adler siguió en la grabación, pausado, trabajoso, como dominado por intensos dolores:

—«Franz… tengo que confesarte algo… antes de morir… Perdóname. Por el amor de Dios, perdóname o moriré sintiéndome culpable, manchado, incapaz de liberar mi alma de la perdición eterna… Franz, tú sabes… has podido advertirlo… que intenté ganar a toda costa. Y que al no poder lograrlo limpiamente… jugué sucio… Traté de pasarte provocándote el accidente… Me falló el cálculo… y perdí yo. Soy quien lo sufrió. Tal vez esto sea lo justo… Espero que Helmut jamás llegue a saber la verdad. Sería terrible para él. Perdona, Franz, amigo. Perdóname, te lo ruego…»

Otra pausa. Helmut estaba lívido, tembloroso, hundido. En el magnetófono, ahora era la voz del propio Kraff la que respondía en un murmullo.

—«Si, amigo Gunther, claro que te perdono… y sé que Dios también lo hará. En tanto me sea posible… nadie sabrá esto que ahora me cuentas.»

Se terminó la grabación. Los ojos atónitos de Helmut se fijaron en su antagonista odiado. Una mueca de conmiseración y dolor asomó al rostro de Kraff.

—Ya lo oíste. Lamento haberlo tenido que hacer, Helmut —susurró —. Pero creo que esta vez era necesario…

Helmut Adler no respondió.

En vez de eso, se puso a llorar.

Capítulo VI

SE hundió el coche en el agua. La mujer emitió un grito de terror.

—Calma —susurró roncamente Marcel LeCocq—, Calma, querida. Saldremos de aquí enseguida…

Pero él mismo sabía que mentía. Había cometido un trágico error al creer que era zona firme aquélla. De repente, el agua pantanosa había surgido, traicionera, bajo la vegetación y el barro. Era un punto que permitía atajar muchos kilómetros. Pero no había contado con este riesgo.

Ahora era demasiado tarde para arreglarlo. Temía que no tuviera arreglo posible. El coche se iba hundiendo más y más en la tierra movediza y en el agua que iba formando amplio charco en torno, aproximándose al margen del afluente que estaban intentando salvar para llegar al Niger, tan cercano a ellos… y sin embargo tan lejos ahora.

—Marcel, esto no me gusta —musitó Colette, viendo cómo el fango llegaba hasta los guardabarros, sepultando en el agua y el barro las ruedas en su casi totalidad—. ¡Es como si nos engullera un pantano!

—Lo sé, lo sé. Intentaremos salir —dijo el *gángster*, comenzando a accionar el volante e intentando salir de allí de cualquier forma.

Fracasó. Las ruedas giraron y giraron en el barco, sin lograr otra cosa que disparar chorros de fango al girar, sin lograr salir de la trampa blanda y pastosa. Por contra, LeCocq notó, con alarma, que el vehículo se iba sepultando un poco más cada momento, como si fuese a ser engullido por completo, junto con sus dos ocupantes.

—¡Pronto, Colette, afuera! —voceó roncamente, empezando a sentir inquietud—. ¡Abandona el coche! ¡Esto se pone feo!

Colette miró en torno, angustiada. No le gustaba hundir sus piernas

en barro y agua, cuya profundidad, entre helechos y densa vegetación limosa, desconocía por completo. Pero obedeció, abriendo la portezuela y tomando su bolsa con lo más imprescindible.

Apenas puso pie en el barro, éste cedió hasta su rodilla. Se movió por él dificultosamente, buscando moverse en el agua. Desde la orilla del afluente, dos cocodrilos que dormitaban al sol, salieron disparados hacia el curso apacible.

—Dios mío… —jadeó ella, palideciendo—. Marcel, ¡mira eso! Son caimanes…

—Ya, ya veo —asintió él, sombrío, dirigiendo su mano a la guantera —. Dios quiera que sólo estén esos dos por los alrededores…

Extrajo un revólver que comenzó a disparar sobre los saurios. Las balas levantaron surtidores de agua en la superficie del arroyo, y uno de los cocodrilos dio una voltereta, sumergiéndose. El otro siguió en derechura hacia Colette, mientras las balas silbaban en torno al animal, sin herirle. Era evidente que LeCocq estaba nervioso. El no fallaba fácilmente un blanco así. Pero esto no era París.

Colette chillaba, realmente aterrorizada, al ver a los peligrosos saurios tan cerca de ella, especialmente el que seguía enfilando hacia su actual emplazamiento, como una flecha a ras del agua.

—¡Marcel, Dios mío, va a atacarme…! —sollozó, temblando, sin atinar siquiera a huir del animal.

El Búho resopló, airado, frenético, vaciando el cargador. Una bala hirió al animal por fin, pero eso no hizo sino espolear su furia agresiva, y siguió hacia ella, dejando un reguero de agua turbia tras de sí, de color oscuro. Exasperado, Marcel LeCocq intentó recargar de nuevo el arma.

Tal vez nunca hubiera logrado salvar la vida de Colette.

El saurio, con sus fauces abiertas, estaba demasiado cerca. Y Colette, al intentar huir, había caído de bruces, chapoteando en el agua con desesperación.

En ese momento, sonaron varios disparos de arma de fuego. Y no era LeCocq quien disparaba. El cocodrilo dio una brusca voltereta en el agua, herido de muerte. Otros proyectiles atravesaron su caparazón implacablemente. El animal se sumergió de modo definitivo. La joven compañera del *gángster* estaba salvada.

Ambos giraron la cabeza, sorprendidos, hacia el punto de origen de los providenciales y certeros disparos. Colette, todavía con terror en su pálida faz. El hampón parisino, con una expresión de perplejidad y

sorpresa en su astuto rostro, ahora desfigurado por la angustia vivida.

—Usted… —jadeó el *gángster*, al identificar el rostro del joven tirador asomado a una duna próxima, revólver en mano—. El inspector de seguros de París…

—El mismo —suspiró Alain Normand, saliendo de la duna lentamente, e iniciando la bajada, llevando en una mano el arma humeante, y en la otra su manillar de su motocicleta, de la que tiró con él, ladera abajo—. Es un buen fisonomista, señor LeCocq.

—Nunca olvido una cara —el *gángster* arrugó el ceño, bajando su arma vacía—. ¿Qué hace usted aquí?

—Como ve, salvar la vida de su amiga, entre otras cosas.

—Dispara muy bien para ser un inspector de seguros.

—Pues le aseguro que lo soy. Pero también soy campeón de tiro al blanco. Esta vez se trataba de una diana fácil, como en los campos de tiro. Sencillamente, hubo suerte.

—Yo soy un experto en esas cosas —suspiró LeCocq—, Le aseguro que no sólo ha sido suerte. Gracias, *monsieur* Normand, ¿no era ése su nombre cuando se presentó a mí en París, para hablarme de la póliza de seguro de mi difunto amigo Duprez, relativa a cierto valiosísimo cuadro de Leonardo Da Vinci?

—Así es —sonrió Alain, afirmando con la cabeza—. Además de no olvidar un rostro, tampoco olvida un nombre, a lo que veo.

—Señor Normand, ¿siempre viaja con un revólver encima? — se interesó El Búho.

—No, no —rió Alain—, Nunca lo hago.

—¿Entonces…?

—No es mío. Pertenece a una joven compañera y competidora en este rally…

Y giró la cabeza, señalando con el arma hacia la muchacha que acababa de asomar también en la duna, con casco de motorista y a lomos de una máquina de dos ruedas. Ella agitó una mano, en saludo amistoso para todos.

—En eso sí hemos tenido suerte, la verdad —suspiró Colette, abrazándose ya a su pareja, recuperada del terror vivido—, De no estar cerca ustedes dos, ese cocodrilo me hubiese despedazado… Dios mío, creo que hemos perdido ya este rally, Marcel. El coche no saldrá nunca de ahí.

—Eso me temo —corroboró Alain, mirando tristemente el vehículo, hundido hasta casi ocultar sus ruedas en el fango totalmente.

—¿Y qué diablos importa ahora el rally? —gruñó LeCocq—. Lo importante es que hemos sobrevivido. Los dos, Colette. Por mí, el coche puede hundirse con todo lo que lleva dentro.

—¿Con *todo*? —puntualizó Alain, con gesto sardónico.

—Claro —rápido, El Búho miró al joven inspector—. Sé a lo que se refiere, Normand. Yo no llevo ese cuadro, si es lo que vino a buscar a este rally.

—Parece evidente. Si no, no estaría tan tranquilo, viendo cómo se hunde su coche en un pantano movedizo —sonrió Alain—, De modo que usted no es mi hombre.

—¿Es por eso por lo que corre esta prueba?

—Por supuesto. Era un modo de seguir al cuadro robado, si alguien aprovechaba esta carrera para sacarlo de Francia.

—Pues tendrá que buscar otro sospechoso. Yo no maté a Duprez ni robé el Leonardo, pese a mí mala fama.

—Tengo otros sospechosos aún.

—¿Van Dyke y Charot?

—Los mismos. ¿Les ha visto usted en esta carrera?

—Claro. Dos o tres veces. Ellos no me vieron a mí. Pero saben que corro en la prueba. Son motoristas, como ustedes. No me explico por qué Van Dyke, con todo su dinero, no corre con un buen coche todo terreno, en vez de arriesgarse en una motocicleta…

—Tal vez le gusten las emociones fuertes —sonrió Alain—. Le aseguro que se viven muchas sobre una máquina así. O quizás pensara que así pasaría más desapercibido entre el tropel de concursantes…

—¿Por el cuadro? —bromeó LeCocq.

—Puede ser —convino el joven, encogiéndose de hombros. Judy estaba ya a su lado, él le devolvió el revólver con una sonrisa. La americana guardó el arma en su maletero de la motocicleta, y estudió a ambos, el *gángster* y su chica, con auténtica curiosidad.

—Parece que tienes que explicarme muchas cosas de las que están ocurriendo en este rally, Alain —señaló ella—. Me dijiste que les conocías, al pedirme el revólver.

—Así es, señorita —el hampón miró a la bella muchacha y luego a Normand—. ¿No le ha contado a ella nada de este asunto?

—No, aún no. Pienso hacerlo sin pérdida de tiempo —suspiró Normand, escudriñando el cielo, en cuya distancia era visible un helicóptero de la organización, sobrevolando la zona. Lo señaló—. Haremos señales para que vea lo que sucede y pida ayuda para ustedes

dos. Deben ser evacuados a lugar seguro. Cuando aquí oscurezca, esto se va a poner muy peligroso, con tantos cocodrilos por las orillas…

LeCocq asintió gravemente, teniendo apretada contra sí a Colette. Manifestó entre dientes, con voz apagada:

—Cuanto antes salgamos de todo esto, mejor. Le deseo suerte, Normand. Ojalá encuentre lo que anda buscando. Me gustaría saber quién mató a Duprez y robó ese cuadro. Simple curiosidad, claro. Es posible que nos veamos en Dakar, a la llegada. Esperaré allí el desenlace de la prueba. Y de este asunto, si se produce de aquí a la meta…

Alain asintió, disparando una de las bengalas hacia lo alto. El helicóptero captó enseguida el destello en el cielo, y se aproximó con su sordo ronroneo, como un gigantesco mosquito blanco.

Cuando se despedían, para proseguir los dos jóvenes en carrera, el *gángster* estrechó la mano de Alain Normand y le dijo con una sonrisa:

—¿Sabe una cosa? Siempre pensé que alguien nos seguía durante esta carrera. Pero supuse que era un policía. No podía imaginar que se tratara de un simple inspector de seguros, en defensa de su Compañía…

También Alain sonrió, subiendo a su máquina. Momentos más tarde, rodaban a toda velocidad, en busca del Niger, mientras anochecía con rapidez, y el helicóptero de la organización del rally sobrevolaba el punto, alejando con su ruido a cualquier posible saurio agresivo, a la espera del vehículo sanitario de emergencia.

—Tuvieron mucha suerte hoy —fue lo que dijeron sus rescatadores cuando les llevaban por el aire, ya fuera de carrera—, Esos cocodrilos pudieron atacarles y causar su muerte. Ha sido una mala jornada para el rally. Hoy se han contabilizado dos muertes, varios accidentes… y un montón de heridos graves. Creo que mañana, en la ciudad de Gao, al otro lado del rio Niger, va a haber muchas deserciones y bajas en las filas de competidores…

* * *

Los organizadores tenían razón.

Fueron muchos los competidores de la carrera que renunciaron a seguir, tras los trágicos sucesos ocurridos al entrar en Mali. Especialmente, muchos de los motoristas renunciaron a seguir hasta Dakar, y la participación se redujo, entre unas cosas y otras, a casi la mitad.

Mientras tanto, fuerzas argelinas y francesas buscaban, junto con los

servicios de auxilio de la prueba, al desaparecido y joven Thatcher y su compañera. El clima entre los corredores, aquella noche en Gao, era de todo menos optimista.

Parecía planear sobre todos los participantes que aún se mantenían en carrera la sombra de la tragedia y del miedo. Cada uno se preguntaba si no se contaría él, en la siguiente etapa, como una baja más.

La pintoresca población *nigereña*, Gao, era aquella noche un auténtico caos. La llegada del rally lo había conmocionado todo, alterando la apacible vida de los nativos. Alrededor del campamento improvisado, se movían avionetas, helicópteros, y el pesado y panzudo DC-S de los servicios médicos de la carrera, que aquel día habían tenido especial actividad, y no siempre pudiendo salvar las vidas de los afectados.

En el campamento, varios periodistas y seguidores de aquella gesta deportiva sin precedentes, montaban sus improvisadas redacciones, entre cajas de medicinas, latas de conservas y furgonetas de aprovisionamiento, con el multicolor emblema francés de *Les Mousquetaires de la Distribution*, dedicados a proporcionar materiales de repuesto a los participantes. Los comisarios de carrera, envueltos en turbantes de tela blanca, para protegerse del calor y de los insectos, iban de coche en coche, tomando nota de desperfectos, bajas y problemas, presentados en la durísima etapa vivida.

Una de las víctimas del día, era precisamente una periodista, Ursula Zentsch, de nacionalidad alemana, y colaboradora precisamente del semanario *Le Point*, uno de los organizadores de la carrera. Los demás colegas, ojerosos y ensombrecidos, aparecían con gesto preocupado o triste, pergeñando sus crónicas, que unos enviaban telegráficamente, y otros mediante el único hilo radiofónico con que establecer contacto desde aquel remoto paraje del Africa interior, con el resto del mundo.

Peter Graham y su nueva compañera, la inglesita Nancy Baker, habían dejado esa noche el campamento, excepcionalmente, dirigiéndose al centro de la pequeña población de Gao. Habían visto un trágico accidente aquel día, cuando un coche se incendió, y ardió como yesca en el páramo, mientras sus ocupantes eran rescatados con heridas diversas. Uno de ellos, muy grave, sufría fractura de ambas piernas y estaba ahora hospitalizado.

Tomaron un renqueante y lamentable taxi colectivo, que, entre polvo y hedor a cuerpos sudados, aguas fétidas y putrefacción, les llevó

hasta la plaza principal, donde un pequeño hotelucho, llamado L'Atlantide, era el único lugar, aparentemente, donde encontrar algo que beber.

Entraron los dos en el bar del establecimiento. Una sensación de desolación profunda se apoderó de ambos jóvenes. En el bar del hotel había, cuando menos, doscientas personas, periodistas o visitantes, curiosos seguidores del rally e incluso algunos participantes, pugnando por conseguir alguna botella de cerveza, agua potable o coca-cola. No había de nada, repetía machaconamente un mestizo malencarado y sudoroso, sacudiendo con energía la cabeza.

—Pues nos hemos lucido —suspiró Peter, contrariado—. Nada que beber…

—Parece que este lugar se haya vuelto loco con nuestra llegada —dijo Nancy, estudiando a los mil heterogéneos personajes que iba viendo en su camino—. Seguro que en todo el año abunda de todo, y no hay problemas para encontrar comida o bebida…

—Esa parece ser otra —asintió Peter—, Ahí hay un tipo pidiendo huevos. Dicen que no hay ni uno en todo Gao, a menos que pague a algún espectador setenta francos por una docena[4].

—Ese viejo vende panecillos calientes —señaló la muchacha, viendo asomar a un nativo descalzo y harapiento, con una caja de bollos que emitían un grato olor. Pero sorprendentemente, cuantos se aproximaban en demanda de la mercancía, se apresuraban a retirarse velozmente de él.

Peter se acercó al hombre. Preguntó el precio de cada panecillo.

—Quince francos, *monsieur* —dijo el tipo, sin pestañear.

Peter resopló, reuniéndose con Nancy de inmediato. Le refirió la anécdota. Ella abrió unos ojos como platos.

—Cielos, ¿entonces qué valdrá aquí un poco de comida decente o una botella de cerveza, si la encontrásemos?

Rápidamente, un vecino del mostrador donde se hacinaba la gente, se dirigió a ellos en forma confidencial, con una sonrisa obsequiosa. Era otro mestizo, vestido con cierta pulcritud. Al menos, pensó Peter, no despedía olor a sudor, sino a colonia barata.

—Yo puedo proporcionarles ambas cosas —dijo suavemente.

—¿A qué precio? —indagó Graham, alerta.

—Bueno, las tarifas se han disparado aquí con su llegada —sonrió untuosamente el individuo—. Pueden tomar dos cervezas, señores, por cien francos. O un buen filete de buey, con verduras, por doscientos. Yo

me encargo de servirles en la cantina que hay al volver esta esquina…

—¡Cielos! —se horrorizó Nancy—, ¡Cien francos por dos botellas de cerveza, y el doble por un filete de buey! Eso es una fortuna…

—Déjalo —interrumpió vivamente Peter—, Aceptamos ambas ofertas, amigo, siempre que la cerveza esté fría y la carne sea de fiar y fresca…

—Palabra —prometió el hombre—. Es más, por adquirir ambos servicios y ser dos personas, les haré una rebaja en el total de su factura. Digamos… cuatrocientos cincuenta francos, incluido el pan. Que, como habrá visto, tampoco está nada barato…

—De acuerdo. Vamos allá —Peter tomó del brazo a su joven amiga —. Vaya preparando esa cena, amigo.

—Bien, señor. Pero el pago por anticipado… —alargó el untuoso individuo una mano oscura y grasienta, abierta significativamente.

Peter suspiró, sacando el dinero del bolsillo. Contó los cuatrocientos cincuenta francos y los depositó en aquella mano, que se cerró rápida, como una garra. Se alejó, obsequioso, indicando con su mejor sonrisa:

—Síganme, por favor. Es aquí mismo… En menos de diez minutos, podrán saborear su excelente cena, señores…

La joven pareja se miró, luego se echaron a reír y siguieron a toda prisa al mestizo, por si se les escapaba con el dinero sin darles nada a cambio. El hotel, con su vociferante multitud reclamando algo que beber, se quedó atrás, en la recoleta plazuela convertida ahora en zoco de vendedores aprovechados.

Por suerte, no fueron estafados, cuando menos. El filete de buey era realmente tierno y jugoso, y la cerveza, si no helada, sí estaba relativamente fresca, tras ser sacada de un cubo con hielo a medio derretir. En un figón lleno de moscas y de suciedad, cenaron el improvisado festín, sentados frente a frente.

—No debiste pagar tanto por esto —le reprochó ella—. Si tú tenías el capricho, pase. Pero invitarme a mí…

—Hemos venido a la ciudad a pasar un rato, ¿no? Empiezo a estar harto de respirar gasolina, tener el sabor a grasa en el paladar y la arena en la nariz y en la garganta. Ya era hora de olvidarnos un poco del rally, de la moto y de todo eso. Hazte la ilusión de que estamos en un restaurante del Soho, cenando tranquilamente.

—Mi imaginación no llega a tanto —rió ella con buen humor, pese a todo.

—Bueno, sé que es difícil, pero hay que intentarlo. Nancy, me gusta

tu compañía.

—Y a mí la tuya, Peter —confesó ella con sencillez—, Pero he oído hoy una historia sobre ti en el campamento de los periodistas.

—¿Y qué has oído?

—Que eres el prometido de una mujer muy rica, la heredera de los Docherty…

—Fui su novio —rectificó suavemente Peter—. Rompimos por una tontería. Ella quería correr este rally. Yo quería casarme. Le fascinaba ese idiota de Sheena, el astro del cine americano. La di a elegir y eligió. Yo también. Ahora, todos corremos el rally. Pero no hay nada entre ella y yo.

—Es una tontería, tú lo has dicho —suspiró Nancy—, apurando lentamente su cerveza—. Podéis reconciliaros fácilmente al regresar a Londres.

—No, no creo —rechazó Peter, con gesto serio.

—Vamos, vamos. Esa ruptura es infantil. Estoy segura de que ella estará ya arrepentida de todo eso. La vimos en el trayecto, ¿no? Parecía la viva imagen de la desolación, al lado de ese petimetre. Caerá en tus brazos llorando y pidiendo perdón, ya verás. Y tú la perdonarás, porque es lo que sucede siempre.

—Te aseguro que yo no…

—¡Oh, Peter, Peter, vida mía! —clamó una voz, repentinamente, en el sucio figón de Gao.

Y una figura femenina cruzó entre los sorprendidos comensales que habían aceptado pagar una pequeña fortuna por una cena tan frugal, para caer en brazos de Graham que, sobresaltado, se incorporó de su asiento, encontrándose con Jessica Docherty virtualmente enroscada a él.

Estalló la joven millonaria en sollozos, y Peter, extrañado, advirtió que venía descalza, con el vestido sucio, el rostro manchado, y los cabellos igualmente llenos de polvo y de briznas de matorrales.

—*¿Qué* te ha ocurrido, Jessica? —quiso saber, solícito, rodeándola también con sus brazos.

—Ha sido horrible, Peter… ¡realmente horrible! —se quejó ella, entre llantos—. Ese odioso, repugnante y malvado ser… ¡Ese aborrecible Clifford Sheena! ¡Es una rata miserable, un cerdo, un cretino repulsivo!

—Pero acabemos, Jessica, ¿qué es lo que sucedió?

—Me invitó a venir a la ciudad a pasar un rato, olvidando las

peripecias del día… ¿Y sabes qué pasó? Una pandilla de nativos de la peor calaña nos asaltó en el descampado que hay cerca de la población, por haber venido a pie, a falta de vehículos de alquiler libres… El muy puerco, al ver problemas, echó a correr, dejándome en la estacada, enfrentada a esa horda de rufianes… Iban armados con cuchillos, me exigieron que les diera todo lo que llevaba encima de valor: el reloj, la sortija, una cadena, mis flamantes botas, que me había puesto esta noche para vestir un poco decente en este infierno… Me dijeron, en mal francés, que si no obedecía, me cortarían el cuello. Les di todo, claro está… y luego se echaron a reír, me tiraron al suelo, y escaparon a toda prisa. He tenido que recorrer casi un kilómetro más, para llegar aquí. La policía va a buscarles, pero no creo que haga nada. Aquí nadie se preocupa por nada. Al pasar te he visto aquí dentro… Oh, Peter, Peter, mi vida, jamás volveré a correr con ese canalla. Que viaje él solo hasta Dakar, si tiene agallas para ello. Yo, renuncio. Peter, volvamos a Inglaterra, a nuestro querido Londres. Olvidemos esta tontería, todo lo ocurrido… He sido una cría estúpida, lo reconozco. En lo sucesivo haré cuanto tú digas, ya he aprendido la lección… Peter, Peter, cariño… No sé qué sería de mí sin ti…

Nancy se puso en pie lentamente. Miró a Peter, por encima de los hombros de Jessica, que él rodeaba. Le dijo simplemente, con voz serena:

—Creo que debo irme ya. Aquí estoy estorbando. Buenas noches, Peter. Te dije que ocurriría algo así —sonrió—. No necesitas acompañarme. Yo voy armada, como Judy. No van a robarme nada, te lo aseguro…

Y abandonó el local, desapareciendo en el exterior.

Jessica sollozó con más fuerza, apretando a Peter contra sí con tal energía, que parecía dispuesta a no desprenderse de él por nada del mundo.

Nancy Baker se encaminó, resignada, hacia la plaza, para tomar de regreso al campamento el taxi colectivo que les trajera. Su gesto mostraba una profunda decepción. Reconocía en su fuero interno que sentía demasiado cariño hacia aquel periodista inglés. Y que desde que conoció su noviazgo con la millonaria, había perdido toda posible esperanza de conseguirlo para ella.

Todo había resultado como presintiera. Las mujeres como Jessica, caprichosas y millonarias, siempre obtenían lo que querían, una vez cumplido su capricho…

El taxi estaba a punto de hacer una de sus salidas, repleto de clientes. Aceleró el paso para no perderlo y tener que esperar luego una hora larga a otro viaje.

De pronto, una mano sujetó su brazo. Se volvió, airada, para enfrentarse a quien fuese. Su gesto reveló asombro cuando vio ante ella, sonriente, a Peter Graham. Miró en torno, sin ver ni rastro de Jessica Docherty.

—Peter… —murmuró—. Creí que estarlas…

—¿Con ella? —el joven periodista negó con la cabeza. No, Nancy. No me gustaría estar unido de por vida a una caprichosa como Jessica. La he escuchado y atendido porque estaba en un apuro, pero eso es todo. Ha recibido la lección que necesitaba. Cuando se case con alguien, habrá aprendido tal vez. O tal vez no. Pero ese hombre no seré yo, te lo garantizo. ¿Qué tal si tomamos otra cerveza antes de volver al campamento? Es pronto…

—Oh, Peter… —ella casi se ahogaba con la emoción—. Resulta muy caro beber aquí algo…

—Una noche, es una noche —rió Peter, tomándola de la mano y dando media vuelta hacia las luces de la población.

Ella, sin rechistar, le siguió. Hubiera ido con él hasta el fin del mundo.

Capítulo VII

LO peor había quedado atrás.

Ya ante ellos se extendían pistas mucho más transitables, aunque su diversidad a veces hacía cometer errores y provocaba extravíos peligrosos. La criba hecha en el total de participantes al penetrar en el Senegal, era ya estremecedora. Muy pocos de los audaces deportistas que salieran de París aquel uno de enero iban a cubrir, sin desfallecer, los veinte días de infernal carrera, los diez mil kilómetros de recorrido contra toda clase de adversidades y peligros, los miles de litros de gasolina consumidos en la carrera.

Ahora, el premio final estaba a la vista. La victoria era ya lo de menos. Nadie contaba con ella en realidad. Lo hermoso era llegar, sobrevivir, haber triunfado sobre la decepción, el cansancio, la desesperanza, la tentación de renunciar y volver a una vida más cómoda y normal.

Quedaron paulatinamente atrás otras ciudades, otras etapas de la ruta: Tombuctú, Niono, Nioro, Kidira…

Ahora rodaban ya hacia Koungheul, penúltima ciudad a recorrer. Después, estaba ya la meta: Dakar. La capital del Senegal, punto de llegada. El fin de la pesadilla para unos. La victoria para unos pocos. El triunfo de la voluntad, del sacrificio, del esfuerzo, del espíritu de competición deportiva, de todos los demás que ese día cruzasen la línea de llegada…

Pocos eran los motoristas que continuaban la prueba. La mayoría se habían vuelto ya aquel día, en Gao, renunciando a una muerte cierta. Sólo los más audaces y mejor preparados seguían en carrera, contra todos los avatares. Tras sufrir el viento del desierto, con oleadas de

arena, el ataque de unos beduinos, el tiroteo accidental de unos soldados en prácticas bélicas, y el despeñamiento de varios de los sufridos conductores de motos, por acantilados o zanjas pedregosas, traicioneramente surgidas en el camino, eran pocos, muy pocos los motoristas supervivientes. Y entre ellos, ciertamente, se contaban Alain Normand y Judy Gardner, Peter Graham y Nancy Baker. También René Van Dyke y su joven amigo, Philippe Charot.

Jessica Docherty había renunciado a seguir en Gao, conforme dijera. Su odiado Clifford Sheena resistió una jornada más con su flamante bólido rojo, ya no tan flamante ni tan bólido a aquellas alturas de la carrera, y una maniobra falsa, entre Gao y Hombori, produjo el encontronazo del vehículo deportivo con unos abruptos peñascos. El bólido quedó allí, convertido en bonita chatarra roja. Sheena, con fractura de clavícula y la atractiva cara de galán de cine algo desfigurada por los golpes y cortes sufridos, tuvo que retirarse, siendo conducido a un hospital. Fue el fin de su hazaña y de su amistad con la caprichosa Jessica Docherty.

Alain Normand se sentía fuerte y confiado aquel día. Rodaba a buena velocidad, habiendo renunciado de antemano a llegar el primero a Dakar. Tenía una buena puntuación general, pero eso era todo. Se decía entre los corredores que posiblemente ganaría la carrera el equipo formado por Claude y Bernard Marreau. Y la verdad es que tenían todas las posibilidades de conseguirlo.

Miró atrás. Como siempre en estas últimas etapas, Judy corría junto a él. Habían pensado que hacerlo en equipo también, era más seguro para ambos. Peter Graham y Nancy Baker también seguían su ejemplo, algo más atrás.

Ella le sonrió, parapetada su bonita cara bajo el casco protector. Alain agitó un brazo afectuosamente. Rodaban a buena velocidad, por una pista llana, rodeados de vegetación, alejados ahora del insufrible desierto, con sus días abrasadores y sus noches heladas. A medida que se aproximaban a la costa, el verdor y la humedad iban sustituyendo vitalizadoramente a la sequedad agobiante e infernal que habían dejado atrás en su camino.

De pronto, sonó un disparo.

Judy lanzó un grito ronco. Su moto se encabritó, como un caballo asustado, y rodó por la tierra, hasta volcar entre los matorrales, arrastrando a la joven consigo.

Alain se asustó, frenando en seco la moto, que dejó sobre el terreno

un rastro de goma adherida. Saltó de la moto, cuando sonaba un segundo disparo. Se arrojó al suelo, oyendo silbar la bala muy cerca. Reptó, hasta reunirse con Judy.

Respiró con cierto alivio, al advertir que la mancha de sangre se extendía ahora en el brazo izquierdo de la joven, empapando su buzo de piel. Inicialmente, había pensado en un impacto grave, o quizás mortal, en cabeza o torso. —Maldito canalla quien lo hizo… —jadeó, escudriñando el paraje, sin ver rastro del agresor—. Tiró a matar, Judy. Un poco más a la derecha y… acierta en tu corazón.

—Creo que no es nada —sonrió ella forzadamente, muy pálida, mientras Alain la despojaba del casco y la examinaba la herida, cortando el cuero con una navaja—. Pero el dolor que sentí al recibir el balazo, me hizo perder el control de la moto…

—Al diablo ahora con la moto —farfulló Alain—, Veamos esa herida…

Por fortuna, no resultó estar dañado el hueso. La bala había atravesado limpiamente el brazo de lado a lado, perforando el cuero en su entrada y salida. Alain frunció el ceño.

—Es un disparo hecho a distancia, con rifle —apuntó—. El que lo hizo sabe disparar. Y el arma es muy potente… De otro modo, te hubiera alojado la bala en el brazo, dada la distancia.

A rastras alcanzó su moto. Dos balas maullaron cerca de él, sin tocarle. Regresó con presteza junto a la muchacha, llevando el pequeño botiquín personal. Limpió, desinfectó y vendó la herida con rapidez. Judy sonrió, aliviada, mirándole.

—Gracias, querido —murmuró—. Me encuentro mucho mejor ahora. Creo que podré seguir la carrera, si la moto responde.

—No ahora, desde luego. El tipo, quien sea, se ha apostado en un punto desde el que domina esta zona. Nos batirá a tiros si le damos ocasión.

—Pero ¿por qué, Alain, por qué?

—No lo sé. Tal vez pretendían dispararme a mí y cometieron un error.

—¿A ti?

—Sí. Soy la única persona que puede inquietar a alguien en esta carrera lo suficiente como para querer eliminarme…

—¿El caso Duprez? —musitó Judy, inquieta.

—Eso es —asintió Normand sombrío. Trató de localizar al oculto tirador, más allá de la arboleda y los matorrales que, afortunadamente,

les protegían del dueño del rifle. De haber sufrido esta emboscada en pleno desierto, la cosa hubiera sido mucho peor—. Tiene que ser uno de ellos dos…

—¿Quiénes?

—Van Dyke o Charot. No quedan otros en la carrera. Uno de ellos mató a Duprez.

—¿Crees que lleva consigo el cuadro?

—Estoy seguro.

—Pero aquella noche, tú registraste sus motos y no diste con él…:

—He pensado mucho en lo que hice aquella noche. Fui un necio. Existen otros medios de ocultar algo en una motocicleta, Judy. Cualquiera que sepa desmontar las piezas de la máquina podría ocultar un lienzo enrollado en cualquier punto interior de la moto. En un tubo del propio manillar, pongamos por caso. El cuadro robado es muy pequeño, casi una miniatura.

—Sí, puede ser una idea —admitió Judy, excitada.

—Desde que me delaté al ayudar a LeCocq, ha debido pensar el asesino que peligra mucho llevándome a mí a remolque. Tiene miedo de que, una vez en Dakar, pueda encontrar el producto de su crimen. Y ha decidido no correr riesgos. Debió adquirir algún rifle desmontable en el camino, y lo está utilizando a la desesperada.

—¿Qué podemos hacer? Mi revólver está en mi moto…

—señaló a la máquina, volcada en un punto que el tirador podía batir fácilmente con su arma.

—No serviría de mucho un revólver a esa distancia —rechazó Alain sombríamente—. Hay que pensar algo para salir de aquí sin ser acribillado por ese miserable…

—Sí, pero ¿qué?

—No sé aún… —jadeó Alain, preocupado.

Estaba calculando sus posibilidades. Estas eran remotas. Si intentase algo, saliendo a descubierto, le cazarían sin remedio. Quedarse allí no resolvía nada, porque llegarla la noche y entonces el enemigo, bien armado, podría acercarse a ellos y rematarlos fácilmente. Estaba seguro de que el poseedor de aquel rifle, no tenía ahora el menor interés en terminar la carrera. Le importaba más terminar con la vida del obstinado inspector de seguros que seguía su pista a través de toda Africa.

Por otro lado, cabía la posibilidad de pedir auxilio, pero no veía helicóptero alguno de la organización en los alrededores, ni tan siquiera

los camiones de aprovisionamiento de *Africa Tours* que escoltaban a la comitiva deportiva con sus cargamentos alimenticios y médicos.

—Habrá que jugarse el todo por el todo —masculló ceñudo.

—Alain, tengo miedo —ella apoyó en su brazo la mano derecha, apretándole con fuerza—. No intentes nada alocado. Si a ti te ocurre algo, no sé lo que me pasaría…

—No temas. Ese asesino no te busca a ti, sino a mí. Si me caza, te dejará tranquila y huirá, estoy seguro.

—¡Pero es que lo que no quiero es que te alcancen a ti!

—protestó ella vivamente, con voz exaltada—. No, Alain, por nada del mundo… si hemos de morir, que sea juntos.

—Mi querida Judy… —Normand sonrió, abrazando a la muchacha americana—. Eso no resolvería las cosas en absoluto, pero es hermoso oírtelo decir. Escucha, cariño. Si esto se prolonga más tiempo, vamos a hacer algo. Ahora intentaré llegar a tu moto y tomar tu revólver. Por si oscurece y al tirador se le ocurre aproximarse a nosotros, aprovechando la noche, para acribillarnos.

—Pueden alcanzarte…

—Claro que pueden. Pero intentaré que no sea así, espera.

Trató de infundir confianza a su compañera, apretándole la mano y besando sus labios fugazmente. Luego se lanzó como una centella, a descubierto, corriendo en zigzag hacia la moto volcada de Judy.

El arma tableteó de nuevo. Uno, dos, tres, cuatro, cinco disparos le escoltaron, levantando tierra y briznas de hierba en torno suyo, sin alcanzarle gracias a su veloz y cambiante zigzagueo, que desorientaba al tirador, pese a disponer éste, sin duda, de mira telescópica.

Se arrojó de bruces junto a la moto, vislumbrando, gracias al sol poniente que descendía hacia el litoral africano, un destello fugaz tras una elevación boscosa del terreno. Sonrió dura, agresivamente. Había localizado el emplazamiento del tirador. No estaba tan lejos como había calculado. Pero aun así, estaba fuera del alcance de un simple revólver de calibre 38.

Removió los objetos de Judy, hasta dar con el arma que salvara ya una vez la vida de otra mujer. La tomó consigo, así como una caja de cartón con munición de repuesto, y regresó otra vez entre violentos zigzagueos junto a Judy.

Esta vez no tuvo tanta suerte.

Sintió una mordedura ardiente en su cuerpo, y supo que le habían alcanzado. Tambaleante, con un jadeo, cayó de rodillas junto a su

compañera, que gritó asustada al ver ampliarse una mancha de sangre sobre el cuerpo de Alain.

—¡Te ha dado! —gritó, aterrorizada.

Capítulo VIII

ALAIN disparó varias veces el revólver hacia aquel punto donde viera el destello.

Sabía que no adelantarla nada con ello, pero cuando menos advertiría a su enemigo de que estaba todavía lo bastante indemne como para usar un arma, pese al impacto de bala. Y también de que no estaban desarmados. Tal vez eso le hiciera renunciar a mantener la emboscada hasta oscurecer.

—También has tenido suerte tú —musitó ella, al examinar su herida, tras cortar el cuero de su buzo con energía—. La bala está en el costado. No interesa nada vital. Pero hay que extraerla.

Asintió Alain, con una sonrisa tensa. La miró fijamente.

—Adelante —invitó—. ¿Crees que serás capaz?

Judy asintió. Estaba pálida, pero mantenía la serenidad. Tomó la navaja de Alain, y tragó saliva.

—Te va a doler mucho —susurró—. ¿Por qué no bebes alcohol, aunque sea? Eso mitigará el dolor…

—No será preciso —jadeó él—. Soportaré bien, palabra. Inténtalo, Judy.

Ella respiró hondo. Prendió el encendedor y mantuvo la navaja a la llama, hasta que empezó a enrojecer. Derramó alcohol sobre la herida. Alain pegó un respingo de terrible dolor. Y rápida, la valerosa muchacha introdujo la hoja candente en el boquete ensangrentado.

Alain gimió roncamente, mordiendo un trozo de arbusto que había recogido. Se convulsionó un momento, a punto de perder el sentido. Su rostro se cubrió de sudor. Pero Judy mostró en su mano un trozo de metal aplastado, empapado en sangre oscura.

—¡Lo logré! —musitó, animosa.

Alain se desplomó, inconsciente. La joven derramó yodo y alcohol en la herida, luego la vendó. Miró escudriñadora hacia la distancia. Captó un movimiento de hojarasca. Alzó el revólver y disparó tres veces, reponiendo enseguida las balas en el cilindro giratorio.

Cesó el ruido. Alrededor de ellos, el silencio era sobrecogedor, ominoso. Judy echó de menos el rugir de motores del rally, la trepidación de las máquinas compitiendo por las rutas africanas. Aquel silencio no le gustaba.

Diez minutos más tarde, Alain volvía en sí lentamente. Judy empapó el sudor de su rostro en un pañuelo. Le miró dulcemente. El joven sonrió, forzado.

—Creí que había muerto —susurró—. Como he visto un ángel al despertar…

—Tonto, —sonrió ella, acariciándole el cabello con ternura—. Creo que tendrás fiebre en las próximas horas. Oh, si alguien apareciera por aquí…

—Me parece que nos quedamos demasiado atrás hoy

—suspiró él—. Nadie parece ir tras de nosotros, a menos que hayamos equivocado la ruta…

—Podría haber ocurrido eso —se alarmó ella—. La señalización no era muy buena…

—No, no lo era. Ese maldito asesino debió vemos y nos siguió, comprendiendo que era su gran oportunidad. Si nos hemos perdido, no creo que exista solución. Antes de mañana no van a buscarnos. También es mala suerte, estando casi a las puertas de la meta…

—Olvida ahora la meta —le reprendió ella—. Necesitas asistencia médica. Y estamos a merced de un asesino. Eso sí es grave, Alain querido. ¿Qué podemos hacer?

—Nada, me temo. Yo… ¡Eh, cuidado, mira eso! —chilló, aterrado al ver algo por el hombro de su compañera—, ¡Cuidado, Judy, por Dios!.. ¡A tierra!

Fue una advertencia muy oportuna. La muchacha americana se arrojó de bruces, cubriendo con su cuerpo el de Alain que, a su vez, con vivo esfuerzo, sintiendo que su herida producía un dolor desgarrado, volteó sobre sí mismo, para situar a la mujer debajo, protegiéndola con su cuerpo.

Allá, entre los árboles, ahora mucho más cercano, dominando aquel punto con su rifle, pero todavía fuera del alcance de su revólver, estaba

el asesino. Les encañonaba con la potente arma de mira telescópica, que rugió dos veces. Las balas se clavaron en tierra, justamente donde antes estaban él y Judy.

El asesino llevaba buzo de cuero con cremallera, casco protector… era un motorista, por supuesto. Dispuso cuidadosamente el arma, para disparar sobre ambos a placer. Aterrados, ellos comprendieron que era el fin.

* * *

Restallaron las tres detonaciones con fuerza.

Alain y Judy, abrazados fuertemente, se agitaron, como si sus cuerpos sufrieran los impactos de los proyectiles mortíferos, taladrando su carne y desgarrando sus órganos vitales.

Sin embargo, no era así.

Allá, en la arboleda, era el motorista del rifle quien se tambaleaba, estupefacto sin entender lo que ocurría. De sus manos se escapó el arma. Giró sobre sus talones, mirando con asombro al hombre que, fríamente, acababa de vaciar sobre su espalda tres orificios del cilindro de un revólver que humeaba en su mano.

—Nunca maté a un hombre, amigo —dijo el dueño de ese arma—. Y menos por la espalda… lo siento. Pero no podía permitir que asesinaran a esos dos buenos amigos…

Y Peter Graham dejó caer su arma, horrorizado al ver como por la boca del asesino, cubierto aún con su casco protector, brotaba un reguero de sangre que corría hasta su barbilla y chorreaba a tierra, mientras el herido se desplomaba.

Tras de Graham, Nancy Baker, muy pálida, asistía a la escena, para correr luego hacia donde yacía Alain Normand y Judy Gardner, a merced hasta entonces del asesino abatido por el joven periodista inglés.

—¿Estáis bien, por el amor de Dios? —preguntó Nancy mientras corría.

Judy y Alain no sabían lo que había sucedido. Pero abrazados como estaban, se miraron el uno al otro, comprendiendo que seguían vivos, y ella estalló en sollozos.

—Sí, estamos bien —respondió débilmente Normand, mirando a Nancy, que corría hacia ellos, y a Peter Graham que, anonadado, contemplaba el cuerpo del motorista asesino, caído a sus pies…

Cuando Graham se acercó también a ellos, Alain sólo supo murmurar roncamente:

—Gracias. Gracias, amigo…

—Bah, no tuvo importancia —suspiró Graham, estremeciéndose—. Era un blanco fácil. Demasiado fácil… Pero uno se siente mal cuando mata a un hombre, aunque éste sea un asesino.

—Sí, imagino que sí… ¿A visto quién era?

—Tiene su nombre inscrito en su buzo, en su moto… Se llamaba Philippe Charot… ¿Eso le dice algo?

—Sí —afirmó lentamente Alain—, Eso me lo dice todo…

Capítulo IX

EL rally había terminado.

Los ganadores festejaban su victoria en la meta. Una multitud asistía a la llegada de los agotados, exhaustos participantes en la gran prueba deportiva. Los que no habían podido vencer, se mostraban tan satisfechos como los propios ganadores. Era la alegría del triunfo deportivo auténtico, por encima de toda victoria. Competir y llegar a la meta. Lo demás no importaba. Atrás quedaban sinsabores, angustias, momentos de debilidad, peligros y dificultades. Había valido la pena. Era el triunfo del deporte, por encima de cualquier otra cosa.

Alain Normand y Peter Graham se abrazaban afectuosamente en la llegada. El inspector de seguros no había podido cruzar esa meta por la que corriera durante veinte interminables días. Pero sí había sido capaz de abandonar el centro hospitalario de Dakar al que había sido conducido en helicóptero, el tiempo justo para ver llegar a sus camaradas de viaje. Y para verse de nuevo ante el inspector Jouvé, de la *Sûreté* francesa, en compañía ahora de un negro y fornido policía senegalés, el comisario Kamlok, que procedían a arrestar a una elegante dama situada entre los espectadores de la meta de llegada.

—Señora Duprez, está arrestada por complicidad en el asesinato de su esposo, y el robo del cuadro de Leonardo da Vinci —dijo el policía senegalés con un perfecto francés, poniendo las esposas en las enjoyadas muñecas de la sorprendida dama.

—Pero esto… ¡esto es un atropello sin calificativos! —protestó ella, palideciendo.

—Por favor, *madame*, acepte su derrota deportivamente, como tantos otros lo hacen hoy aquí —terció el inspector Jouvé con una

sonrisa—. Su cómplice, el señor Charot, que fue el ejecutor material del crimen en la persona de su esposo aquella noche, ha muerto en plena, carrera. Hallamos el cuadro oculto en un compartimento especial habilitado dentro del manillar de su motocicleta. También llevaba allí escondidos algunos datos sobre usted y su papel en el crimen. Tal vez no se fiaba demasiado de usted, señora.

—Por otro lado, hemos logrado arrestar al *marchante* que esperaba aquí en Dakar, para adquirir el cuadro en nombre de un millonario americano, embarcándolo en el *Niágara*, buque de los Estados Unidos que leva anclas mañana del puerto de Dakar —añadió el comisario senegalés—. Él nos dijo que usted habla entablado contacto con él, a la espera de la llegada de su cómplice y amante, el joven Charot, con el preciado lienzo. Su aventura *madame* Duprez, ha terminado. Gracias a un joven inspector de seguros que no quiso que su Compañía perdiese diez millones de francos bonitamente… ni que usted ganara veinte, señora…

Esta vez, la bella y elegante Yvonne Duprez no trató de protestar. Altiva, digna, se dejó conducir por los policías locales. Una lágrima solitaria brillaba en una de sus mejillas, eso era todo.

—Le felicito, mi joven amigo —suspiró Jouvé, volviéndose hacia Alain y estrechando cordialmente su mano—. Estuvo a punto de costarle la vida, pero lo consiguió.

—No sin la valiosa ayuda de un buen amigo inglés —sonrió Alain—. Sin él, ahora sería yo el muerto y no Charot. También una muchacha encantadora hubiese sido víctima de ese criminal…

—Lo sé, lo sé. Lamento que no llegase a cruzar la meta hoy, pero moralmente es como si lo hubiera hecho, mi querido Normand… Extraño caso el de Duprez, ¿eh? Con tan hermosa dama como esposa… le gustaban los asuntos raros, como ese joven y desaprensivo Charot… En fin, el mundo a veces es un buen basurero, créame. Por eso uno se siente algo mejor al enfrentarse a personas como usted, como todos estos valientes de las rutas, que han sido capaces de llegar aquí sanos y salvos…

—No crea, inspector. También hay basura en un rally. Y mucha. El deporte tiene dos caras, y una de ellas no siempre es agradable, créame. En esta prueba he aprendido muchas cosas, unas buenas y otras malas. Tal vez lo mejor de todo haya sido ver la camaradería, la amistad, el afán de competencia limpia y noble, entre personas tan distintas, que jamás se vieron antes y que luego tampoco volverán a verse

posiblemente nunca, pero que durante las jornadas del rally lucharon codo con codo, sin doblez, por conseguir el triunfo final. O, cuando menos, por llegar. Sí, este extraño y cruel deporte que es un rally de tales características, podrá resultar despiadado e inhumano a veces. Es una de las caras de la moneda. Pero en el otro lado, inspector, está lo hermoso, lo noble, lo mejor del ser humano. Y lo mejor del deporte…

Los dos enfermeros que le escoltaban, por exigencia médica, le tomaron por un brazo, para indicarle que era momento de volver al hospital de Dakar. Judy, Peter Graham y Nancy corrían hacia él ya, tras rendir viaje en la línea de llegada. Le abrazaron afectuosamente uno por uno.

Alain les miró, orgulloso y feliz. Se volvió al inspector, que sonreía.

—¿Lo ve? Esto es lo que le decía antes: cuatro personas que jamás nos habíamos visto antes de ahora. Y hemos ganado cada uno de nosotros dos amigos… y una persona a quien amar. Nada menos que todo eso nos ha dado el rally Paris-Dakar, *monsieur l'inspecteur*. ¿No es suficiente?

—Para los tiempos que vivimos, amigo mío, yo diría que es mucho —convino suave, apaciblemente, el veterano policía francés.

FIN

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es
IDEALISMO Y NOBLEZA
pero también
SANGRE Y CORRUPCION
Todo esto lo encontrará en

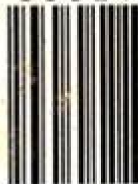
DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!



ISBN 84-7518-048-5





EDICIONES
CERES, S.A.
Apartado de
Correos, 9.142
Barcelona
Precio en España
60 ptas.

Impreso en España

NOTAS

1 «Ah, mi querido amigo, busque a la mujer, dice Jouvé, parodiando una célebre máxima francesa policial, relativa al motivo habitual de todo delito, y a su posible solución.

2 Este detalle es verídico, y se ajusta a la realidad del último rally Paris-Dakar, celebrado este año de 1982, bajo la organización de las marcas y personas citadas en el texto por el autor.

3 Verídico. Ickx participó en un coche así en este cuarto Rally.

4 Todos estos datos pintorescos y anécdotas, son absolutamente reales, tal como un periodista (que podría ser nuestro imaginario Peter Graham), relató a sus lectores en sus crónicas cotidianas del rally Paris-Dakar, de 1982. (N del A.)